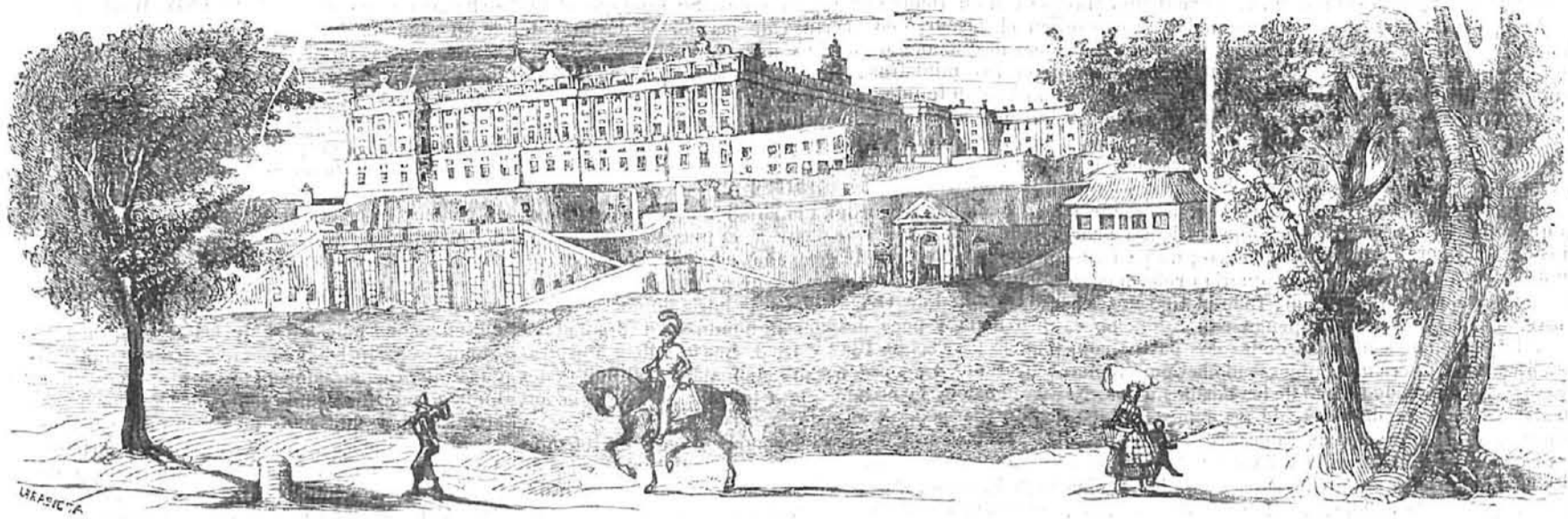


EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.



SUSCRIPCION EN MADRID.

Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 34.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 12. Tomo I.—MARTES 16 DE ABRIL 1814.

Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

SUSCRIPCION EN PROVINCIAS.

Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscribese en las principales librerías del reino correspondientes de la casa.

RESUMEN.

Biografía de Argüelles, por D. Evaristo S. Miguel.—Literatura extranjera, por D. Enrique Gil.—Una madre Holandesa por D. J. S. y Quiroga.—Españolito, novela (continuación), por la señorita Avellaneda.—Bellas artes.—Biografía de Bernadotte, por D. A. F.—Revista de la Quincena.

BIOGRAFIA

DE DON AGUSTIN ARGUELLES.

Hace días que la losa del sepulcro cubre los restos mortales de don Agustín Argüelles. Con él habrán sin duda muerto las pasiones, los enconos, las rivalidades de partido inevitables en toda sociedad, especialmente en las que están regidas por instituciones libres. Su nombre no pertenece ya á ninguno. Es el de un ilustre español, y como tal, propiedad de la nación entera. Cuantos tienen en algo la prez y honra de su patria, cuantos saben estimar el talento, la virtud, el patriotismo, el desinterés, el don de la elocuencia, cualquiera que sea el color de su partido, tributarán un homenaje de cariño y de respeto á la memoria de don Agustín Argüelles. Como español, animado de estos solos sentimientos, escribo estos renglones; ningún pensamiento exclusivo guía mi pluma al bosquejar los principales rasgos de una vida pura, igual en todas sus vicisitudes, cuyas épocas no se distinguen con otros caracteres que los que la diferencia de la edad imprime. Como fué joven, vivió en la edad madura: el hielo de sus años no alteró sus ideas, su carácter, sus grandes sentimientos: con el lleno de sus virtudes, de su ardiente patriotismo, descendió á la tumba.

Nació don Agustín Argüelles en Rivadesella, provincia de Oviedo, antigua Asturias en 1776, de familia noble. Su padre era propietario del país que gozaba de una consideración personal bastante distinguida. Recibió Argüelles educación literaria, y siguió la carrera de estudios mayores en la universidad de Oviedo, donde se hizo notar por su aplicación, por su despejo, por los dotes de bien decir que en él se desarrollaron desde los principios. Era sin duda uno de los estudiantes más lucidos de la universidad, y las lecciones de las aulas no eran las fuentes de instrucción en que bebía. Al fin del siglo pasado, terminó su carrera de leyes y cánones, mas no se dedicó á la abogacía.

Hijo segundo y sin fortuna, marchó á Madrid por aquel tiempo, sin duda con el objeto de proporcionarse una colocación en alguno de los muchos ramos á

que podía aspirar por sus conocimientos. A muy poco tiempo tuvo entrada en la secretaría de la interpretación de lenguas, dirigida á la sazón por don Leandro Fernández Moratin, una de nuestras grandes glorias literarias. Era aquella dependencia de mucha más consideración é importancia que en el día, y la entrada en ella de don Agustín, supone su aptitud, su conocimiento de lenguas extranjeras, y sus ocupaciones literarias. A esta clase pertenecían generalmente sus relaciones en la corte. Como hombre ilustrado, como literato, estaba considerado y reputado; siendo su mérito por lo menos igual á la opinión de que gozaba.

En 1806 pasó Argüelles á la oficina de la consolidación de vales que acababa de crearse. Al año siguiente pasó á Londres con una comisión del ramo



bastante importante y delicada. En aquella capital se halló durante los grandes acontecimientos que en los últimos meses de 1807, y primeros de 1808 tuvieron lugar en nuestra España. Allí le cogieron los comisionados, entre los que figuraba el conde de Toreno, que la junta de Asturias envió á Inglaterra por junio del mismo año en busca de recursos para hacer la guerra á los franceses. A su misión se asoció Argüelles, y les fué muy útil por sus conocimientos de la lengua del país y las relaciones que en él había adquirido. Habiendo dichos comisionados desempeñado con

tanto acierto y felicidad el encargo que les había confiado su provincia, los acompañó Argüelles en su vuelta.

Don Agustín Argüelles no tuvo por entonces empleo ninguno en Asturias, donde se fijó por el pronto á su regreso de Inglaterra. La junta de la provincia había ordenado un alistamiento general á principios de 1809, que le comprendió, colocándole en la clase de soldado. Mas no era la carrera militar la que llamaba á Argüelles, hombre de débil complexión y que ya comenzaba á entrar en lo maduro de los años. Otra misión le estaba destinada. En el año siguiente de 1810, su instrucción, su buen decir, su gran reputación de patriota, le dieron un lugar entre los diputados que enviaba la provincia de Asturias á las cortes generales y extraordinarias que se reunían en la isla Gaditana.

Fué una época verdaderamente grande para España la celebración de esta asamblea, ora atendiendo al cargo que le encomendaban, ora al espectáculo, nuevo y verdaderamente extraordinario que á los españoles ofrecía. Ni aquella generación ni las cuatro anteriores sabían por experiencia lo que era una reunión de hombres que en público, con toda libertad, bajo las más solemnes garantías, discutían y deliberaban sobre los intereses más vitales de la patria. Así los hombres de mérito, los que se distinguían por su elocuencia hicieron, y no podían menos de producir una sensación extraordinaria. Cualquiera puede figurarse el entusiasmo con que serían oídos aquellos discursos brillantes y fogosos, en que se hablaba de libertad, de emancipación política, en que se denunciaban abusos y arbitrariedades, en que se hablaba de reformas, de poner coto al despotismo, de libertar á los pueblos de los grillos de la opresión, en que se excitaban los sentimientos que halagan más el corazón humano. No podía ofrecerse un campo más brillante, más fecundo en fama para los diputados que poseían el don de la elocuencia.

Fué el nombre de Argüelles de los primeros que sobresalieron en aquellas cortes célebres. Desde un principio se escuchó su voz con todo aplauso, y se sintió su imperio irresistible. Se le vió campeón valiente de cuantas novedades se introducían entonces, y que tan populares eran en aquellas circunstancias. Se le dió el nombre de divino con que quiso rendir un homenaje al mágico poder de su elocuencia. Se hallaba entonces en aquel vigor que conservando el fuego de los años se apoya en la solidez que el don del pensamiento toma de los más maduros. Había leído, había visto y pensado: sin pasar por ensayos, por aprendizajes, se colocó desde un principio en el puesto que fué el suyo en su larga vida pública.

Los hombres que juzgan generalmente de todos por los resultados echaron con el tiempo el sello del baldon sobre las leyes que se dieron en aquella época, atribuyendo al desacierto de los legisladores los males que causaron, y el germen de la muerte que llevaban en

su seno. No me haré yo el campeón de aquel código de leyes, conocido con el nombre de Constitución de Cádiz. Que no sería perfecta, es muy probable; que era sacada de otras, es observación que se puede hacer sobre casi todas las instituciones políticas, pues en nada se ha llevado mas adelante el espíritu de imitación, siendo muchas de ellas, copias de otras copias, sin saberse á veces dónde está el verdadero original, la fuente primitiva y muy pocas veces oportuna. Que la nación no estaba preparada para volar tanto de una vez, se puede conceder sin ningun inconveniente. Mas no hay que olvidar nunca las circunstancias en que se hallaban los hombres de aquel tiempo, las que influyeron en el alzamiento de la nación contra el yugo que intentaba imponerla el emperador de los franceses. Si para verificar este grande movimiento habian concurrido todos los sentimientos, todas las ideas, y hasta las preocupaciones de los españoles, natural era que al tratarse de sacar partido de tanto heroísmo y tanta sangre derramada, hubiese una grande divergencia. Los que querian las cosas, tales como estaban á principios de 1808, eran demasiado egoístas; no pertenecian á la época. Tal vez los que querian reformas no tuvieron toda la circunspeccion, todo el tino necesarios. Cuando las luchas se empeñan con calor, no es posible la prudencia á ninguna de las dos partes contendientes. Cualquiera que hubiese sido la Constitución de Cádiz, hubiese sido blanco de los mismos odios. No se trataba solamente de ideas, de principios: estaban en juego intereses muy considerables. No era la unidad de la cámara legislativa, ni la falta del veto en el monarca lo que hacia dar tantos gritos á los que habian llevado lo peor de la batalla, sino la reforma del abuso, la destruccion del privilegio. ¿Y qué Constitución era posible que no envolviese este sistema ó principio de reformas? ¿Qué iban á hacer las cortes de Cádiz mas que á dar las leyes que reclamaban las luces y necesidades del Estado?

La voz de don Agustín Argüelles se alzó varias veces en estas importantes discusiones. Como uno de los redactores de la Constitución, por necesidad tuvo que defender las disposiciones que fueron blanco de los ataques mas furiosos. La pugna fué grande, la batalla campal, á muerte: la victoria debió de ser gloriosa. A últimos de 1812 dejaron de existir las cortes extraordinarias. Argüelles salió de la arena lleno de laureles. En dos años se hizo un nombre hasta europeo, y se puso al lado de los mas famosos en la vida pública.

Cuando la reaccion del año 1814, se hallaba Argüelles en la condicion privada; mas volvió á ser pública viéndose envuelto en los procedimientos que se siguieron contra los que se habian distinguido mas en el orden de cosas abolido y proscripto. La decoracion habia cambiado totalmente. Lo que hacia dos meses era virtud, grandeza, ilustracion, patriotismo, se designaba ahora con los nombres de impiedad, blasfemia, rebeldía, guerra abierta al altar y al trono. En vano los antiguos diputados alegaban la inmunidad de que habian gozado: la inmunidad se les decia era criminal, como lo habia sido el uso: en vano para defenderse de la acusacion de impiedad, citaban el artículo 12 de la Constitución, que no permitia el ejercicio de mas religion que la católica. Las palabras no eran malas; mas lo eran las ideas y las intenciones. Con esta lógica, no podia menos de juzgáseles como culpables. Al cabo de cerca de un año de prision, fueron condenados á diversos destierros y confinamientos. Argüelles lo fué al presidio de Ceuta: despues pasó al castillo de Alcu dia en la isla de Mallorca.

La restauracion de la Constitución de 1812 á principios de 1820 sacó á estos mártires políticos de sus encierros. A todos se les abrieron las puertas en medio de ovaciones públicas. Los seis años de padecimiento no habian hecho mas que añadir nuevo lustre á su renombre. A todos se hizo un puesto distinguido sea en destinos públicos, sea en las cortes que estaban convocadas. D. Agustín Argüelles fué nombrado ministro de la Gobernacion de la Península.

En aquella época, como en las que siguieron y como sucederá siempre mientras no cambie la naturaleza de los hombres, se dividió el campo liberal en dos fracciones ó parcialidades: una concedida con el nombre de moderados, y otra de exaltados. Acusaban los primeros á los segundos, de comprometer con su precipitación, con sus sobradas exigencias, la misma libertad á cuyo desarrollo manifestaban consagrarse. tachaban estos á los otros de sobrado tímidos, de retrogradar en vez de avanzar, de alentar con su lenidad las aspiraciones del bando absolutista; casi lo mismo que se ha oido y leido en tiempos muy recientes. Argüelles era del partido moderado y como tal blanco, no pocas veces, de las censuras de los exaltados. Llegó á tener con ellos muy serios altercados. No le faltaron en estos choques firmeza y energia. Refiero y no juzgo. A principios de setiembre de 1820 desterró de Madrid

al general Riego y á otros que pasaban por influyentes en su parcialidad ó bando; mas á poco despues se fueron acercando mas las dos fracciones, sin duda en vista del peligro que ambas corrian por parte de los absolutistas. En todas estas tramas se mostró don Agustín entero, y en medio de los ataques de que fué blanco, no perdió nunca la opinion de eminente liberal y gran patriota.

Argüelles dejó el ministerio á principios de marzo de 1821, por una de aquellas singularidades que solo se ven en tiempo de revoluciones. Se sabe que el rey en el discurso de apertura de las córtes despues de leer lo que era de oficio y habia quedado concertado con los ministros, añadió un trozo en que no solo no habian tenido parte sino que se les hacia á ellos mismos acusaciones por parte del monarca. El asombro fué grande y no corto el escándalo: el desenlace por entonces de aquella trama fué la exoneracion de los ministros.

Reducido Argüelles á la condicion privada, aprovechó esta ocasion de pasar á su pais al cabo de una ausencia de cerca de doce años, fué allí recibido con todo género de atenciones y de obsequios. Le hizo la universidad de Oviedo el de la borla de doctor, y la provincia á poco despues le nombró su diputado á córtes para las de 1822 y 1823. Las que iban á espirar en atencion á sus servicios le señalaron 60,000 reales de pension, lo mismo que á los que habian sido sus compañeros en el ministerio.

En las córtes de 1822 permaneció en el partido moderado, y fué jefe de los que apoyaban el ministerio de aquel tiempo. Despues de la reaccion abortada en julio, se apartó algo del ministerio nuevo que surgió con este motivo, y no apoyó las medidas extraordinarias que las córtes le concedieron con motivo de las circunstancias apuradas en que se encontraba. Mas los principios de don Agustín Argüelles nada admitian que no fuese legal y estuviese en dis-ordancia con la Constitución que era su idolo, no por ciego amor de padre, segun hizo ver despues, sino porque era la ley fundamental de la nación, á la que se tenia que arreglar la conducta de los que mandaban como de los que obedecian.

Argüelles se acercó á sus adversarios políticos en las córtes cuando las notas de la Santa alianza, y sus contestaciones en enero de 1823 leidas en el seno del congreso. Era demasiado buen español, demasiado celoso de su nombre y su reputacion para no ver en el lenguaje de aquellos monarcas un aje á su honra, un baldon á su libertad, y un ataque directo á su independencia. Aprobó con calor la conducta del gobierno. Explayó dos dias despues en un magnífico discurso las ideas que solo habia apuntado el dia anterior, y en cuantas discusiones promovió este negocio mostró siempre los mismos sentimientos.

A mediados de marzo de aquel año, siguió á las córtes en su traslacion á Sevilla, y aquí fué nno de los que votaron la regencia con motivo de pasar á Cádiz. Y el segundo grande acto de su vida pública se cerró en esta última ciudad, donde á últimos de setiembre de aquel año bajó de nuevo al sepulcro la Constitución de 1812, marcándose en España una nueva época de reaccion, pero mucho mas violenta y sanguinaria que la de 1814.

Argüelles buscó un asilo en Inglaterra, y se estableció en Londres, donde llevaba una vida pasiva dividida entre el estudio y sus amigos. En el pais era considerado; y de los primeros hombres de la nación recibió atenciones, muestras del aprecio de que era objeto su persona. Del difunto lord Holland tan instruido y aficionado á nuestras cosas fué amigo particular, y si no llevó mas lejos sus intimidades fué por la noble independencia de su genio. A pesar de tanto obsequio, vivió en Londres, pobre, reducido á lo preciso. En los últimos tiempos de su mansion en Inglaterra, se vió en la dolorosa precision de acudir al recurso de la pension que del gobierno inglés recibian los emigrados españoles.

Cuando el último decreto de amnistía dado á favor de los diputados á córtes á principios de 1834, se le abrieron á don Agustín Argüelles las puertas de su patria. El gobierno español le habia hecho el honor de nombrarle del Consejo real, cargo que rehusó en términos muy atentos, y la provincia de Asturias que le nombró procurador á las córtes de 1834, le hizo la renta que era necesaria para ser admitido en su Estamento.

Argüelles admitido en efecto procurador, no hizo oposicion al ministerio. La oposicion no estaba de ningun modo en su carácter, y se puede decir, ni aun en sus principios: conocia demasiado los obstáculos con que lucha un gobierno, las dificultades que encuentra á cada paso en plantear lo que concibe con las mejores intenciones, para apurarle tal vez sin motivo, para hacerle cargos de lo mismo tal vez que desea con mas

ansia. Si durante su cargo como procurador se separó á veces del lado del gobierno, seria sin duda en cosas demasiado importantes y que diesen muy poco campo para ser interpretadas mas que en un sentido.

En cuanto á su moderacion en esta nueva época, no podia ser la misma que en la de 1820 á 1823, por razon que el campo de los nuevos moderados era muy diverso. Los antiguos estaban encastillados en la Constitución de 1812, cuyos lindes segun su profesion de fé ni acortaban ni extendian. Mas esta Constitución se hallaba como proscripta en 1834. Desde 1823, época de su segunda muerte, cuantos publicistas escribían sobre nuestras cosas, tanto dentro como fuera, habian dado en considerarla como un tejido de absurdos y vejeces proscriptas por el tiempo; y consideraban esta circunstancia como la causa primordial de su caída. Estaba esta idea muy en boga en el año 1834 en cuantos papeles sostenian el ministerio de entonces acérrimo enemigo declarado de la Constitución difunta. El empeño en censurarla iba acompañado de la reseña de cuantos excesos se habian cometido durante la última época constitucional, como si hubiese habido nunca un tiempo de revueltas sin ir acompañado de desórdenes, como si las faltas de los hombres proviniesen siempre de faltas de las leyes. Con esta lógica ¿dónde estarian las buenas leyes? En tiempo de la antigua Constitución, como del Estatuto, como de la actual, hubo muchos males de este género. ¿Por qué se ha de achacar á las leyes lo que es culpa de los hombres?

No perteneció, pues, no podia pertenecer don Agustín Argüelles, á la escuela moderada de aquel tiempo. Los defectos de que adolecia la Constitución de Cádiz no debieron de parecerle motivos suficientes para hacerla blanco de tanta censura y enemiga. Por lo mismo que se hallaba difunta, creyó que debian respetarse sus cenizas. A ningun hombre que ha figurado en una época le gusta adherirse á los que la escarmenten y proscriben. Don Agustín Argüelles manifestó siempre una adhesion constante, una grata memoria á la escena política que se podia considerar como la cuna de nuestra regeneracion política, y que era la primera escena de sus triunfos personales. Esta adhesion le honró sin duda. Prueba á lo menos lo fijo de sus principios, la constancia de sus opiniones.

Los que en aquella época no eran moderados y que comenzaban ya á llamarse progresistas tampoco hablaban de la Constitución de 1812 en tono de querer restablecerla. La defendian de ataques encarnizados, se mostraban defensores de su época: repelían con calor los golpes de sus adversarios. No era la polémica poco viva á pesar de que no estaba restablecida aun la libertad de imprenta. Mas don Agustín Argüelles no tomaba parte activa en el debate. Como procurador, agitaba la cuestion cuando era provocado. En los periódicos no escribia ni escribió nunca.

En la revolucion de 1836 que tuvo por resultado el restablecimiento de la Constitución de 1812, no tuvo parte alguna. Lo mismo puede decirse de cuantos movimientos de esta clase ocurrieron en España. Era un hombre antirevolucionario, por carácter, por principios, y por inclinaciones. Hombre de tribuna, no gustaba de mas cambios que los producidos por los triunfos en aquella arena. Despues de hechas las cosas, aprobaba ó desaprobaba, como cosa inevitable para el que ve y juzga; mas ni de su voz, ni de su pluma, ni por cualquiera otro modo de expresion, salió la menor cosa que pudiese animar á nadie á recurrir al expediente azaroso de las revoluciones. Es un hecho público de que pueden deponer cuantos le han tratado y conocido en todas épocas.

Restablecida, pues, la Constitución de 1812, y nombrado Argüelles diputado á las córtes que debian de entender en su reforma, natural era que se mostrase apoyo de la nueva situacion y sostuviese un ministerio compuesto de sus amigos y algunos antiguos compañeros. Obrar de otro modo seria inconsecuencia en un hombre que no cambió nunca. Nombrado individuo de la comision revisora de la Constitución, manifestó de una manera convincente que su culto á dicho código no habia sido jamás de idolatría, y que estaba muy lejos de pensar que no adolecia de defectos. No es ahora el caso de hacer comparaciones entre la antigua y la moderna; mas esto solo descarga á don Agustín de la acusacion que se le ha hecho tantas veces de ser terco en sostener sus opiniones, de estar pegado á lo que pasa por vejeces. Cedió en esta ocasion á lo que pasaba por un adelanto: manifestó que con tal que se respetase el principio era el primero en preferir aquellas formas que reclamaban las opiniones dominantes. A la Constitución actual, se le dieron dos cámaras, el veto absoluto, la facultad en el rey de suspenderlas y de disolverlas; se trató en una palabra en la comision de descartarse de lo que dañaba, de admitir lo que hacia falta; y en todo este trabajo es de presumir tuviese Argüelles una parte activa é influyente, segun su de-

fensa del proyecto presentado por la comisión cuando llegó el caso de discutirse aquella obra. Así se puede con toda justicia llamar á don Agustín Argüelles tan padre de la Constitución actual, como de la Constitución antigua.

Don Agustín Argüelles continuó tomando parte activa y principal en los trabajos legislativos de aquellas cortes, únicas de cuantas se celebraron en esta época en España que han muerto de muerte natural y concluyeron tranquilamente su carrera. De la naturaleza de las reformas que emprendieron y entablaron, no me cumple hablar, pues mi escrito no es polémico y si destinado á mostrar solo, que la vida de don Agustín Argüelles fué uniforme, calcada sobre un principio, á saber, el de sus profundas convicciones. Cambiaban las cosas que le rodeaban; mas él nunca, en el sentido de sacrificar ideas formadas, hijas de un dictámen detenido. Por carácter, por inclinación, y por principios, gustaba siempre de apoyar á los gobiernos; mas no siempre obraban los gobernantes de un modo que pudiese dar su aprobación, sin comprometer su crédito.

En las cortes, que segun lo dispuesto por la Constitución, se reunieron á mediados de noviembre de 1837, fué nombrado don Agustín Argüelles diputado por la provincia de Madrid, confianza que después le fué repetida varias veces. Se alistó entonces en el partido de la oposicion, y otra cosa no podia ser segun el semblante que tomaban. Refiero y no demuestro. Un espíritu de reaccion habia tenido lugar en los meses anteriores y habia influido en la formacion de aquellas cortes. La mayoría del Congreso estaba en oposicion con lo que habia sido mayoría en las cortes constituyentes, es decir que propendia á desaprobar, á censurar la mayor parte de sus disposiciones. La polémica fué viva; y tan acres las defensas, como las acusaciones. Los dos bandos de moderados y progresistas se designaron con señales todas de la hostilidad mas pronunciada. En la censura de las disposiciones de las cortes constituyentes iba envuelta la de los acontecimientos que las habian dado nacimiento. En los bancos de la mayoría se sentaban muchos que se habian considerado como vencidos en el trastorno del año 1836; otros que habian sido campeones de las ideas y opiniones entonces derribadas.

Don Agustín Argüelles, hombre de tanta importancia en todas ocasiones, considerado entonces como uno de los corifeos de la oposicion, no fué el que se llevó la menor parte en la animosidad de sus contrarios. No fué siempre tratado, sobre todo de las tribunas públicas, con aquel decoro que siempre merece la persona que se sienta en aquellos bancos como diputado. El periodismo le trató con virulencia, y los que por su índole particular estaban llamados á manejar la sátira, tenían poco reparo en herirle con los mas agudos dardos. No se mostró por eso el veterano de la tribuna, ni humillado ni abatido. A los tiros de la imprenta no tenía ningunos que oponer, en razon á que no era periodista. En el Congreso no le hicieron salir de la moderacion en las palabras, y de la delicadeza en tratar á sus contrarios, que le distingua. Activo atleta, sin que le arredrase la superioridad del número en cuantas ocasiones se ofrecieron, descendió á la arena impávido. En ninguna época pronunció mas discursos que en aquella, en que parecia luchar contra el torrente de las circunstancias, contra la falange compacta de una constante mayoría. Ninguna derrota menoscababa su valor, ni le retraía de presentarse igualmente impávido en la próxima batalla.

A los disgustos de esta posicion tan poco afortunada, se unia en Argüelles la pesadumbre de ver en los bancos de sus adversarios á hombres que habian sido sus compañeros, sus amigos personales, cuyas luces respetaba, y de cuyas buenas intenciones tampoco tenia duda. Muchas veces consideraciones de esta clase sellaron sus labios, ó disminuyeron la energía de sus frases en solemnes circunstancias. De todos modos fué esta una de las épocas mas trabajosas, de mas penalidades, de menos satisfacciones para Argüelles, en que fué blanco su nombre de los ataques mas sensibles. Los que le habian condenado á presidio, y le tenían últimamente desterrado de su patria, rendian un cierto homenaje al mérito de su persona. Ahora se trataba de ridiculizarla, de presentarle como un hombre de ideas rancias, de formas anticuadas.

Así atravesó don Agustín Argüelles las tres cortes de 1837, 1839 y 1840, que ofrecieron sobre mas ó menos el mismo colorido en los debates, la misma diferencia numérica entre la mayoría y minoría, y hasta se puede decir, los mismos hombres. En todas se mostró igual, sereno, constante, nada abatido y desmayado. Probablemente estaba convencido de que luchaba en vano; mas creyéndolo un deber, luchaba.

En la revolucion de setiembre de 1840 no tuvo tampoco parte alguna, ni directa ni indirectamente. No quiso hacer parte de la junta de Madrid, ni tomar nin-

gun cargo durante aquella crisis. Sin duda la juzgó como otras que la habian precedido; y aceptó hechos consumados en que nada habia que repugnase á sus principios.

Cuando se trató en las cortes de 1841 de la designacion de la regencia, opinó Argüelles por la triple; mas no tomó la palabra en la cuestion, sin duda por delicadeza, sabiendo que era una de las personas designadas en caso de que aquella opinion fuese adoptada. Como presidente del Congreso, y de mas edad que el del Senado, presidió la sesion solemne en que los dos cuerpos colegisladores confirieron la regencia del reino al Duque de la Victoria.

Algunos dias despues le revistieron á él las mismas cortes del cargo de tutor de la Reina y de su hermana. El Congreso de diputados declaró con este motivo por unanimidad, que no era incompatible su nuevo carácter con el de diputado, y con tan solemne manifestacion volvió á ocupar la silla de la presidencia.

Cómo se condujo don Agustín Argüelles en tan importante comision que envuelve intereses privados, no consta de un modo tan oficial como si se tratase de otro empleo meramente público. Para cuantos le conocian, y en el concepto público, desplegó en su cumplimiento la probidad, el desinterés, la nobleza de los sentimientos que le distinguian, y que manejó los intereses, cuidó de la educacion, y fomentó cuanto concernia al bienestar físico y moral de sus régias pupilas, con el celo, no solo de un tutor, sino de un padre. Cuando por acontecimientos que sobrevinieron, lo creyó de su deber, hizo dimision de aquel cargo de importancia, y le fué admitida en los términos mas atentos y honoríficos.

Volvió don Agustín Argüelles por última vez al estado de una condicion privada. Allí debió de encontrar, en el testimonio de su propio corazón, la mas noble recompensa de sus servicios eminentes á la patria. De las cortes actuales no era miembro, y son las únicas en su larga carrera á que no ha pertenecido. Mas en las últimas elecciones que acaba de celebrar la provincia para completar el número de diputados que faltaba, figura el nombre de don Agustín Argüelles en la lista de los honrados con este nombramiento.

En los últimos años de su vida gozó poca salud; anunciaba con bastante claridad su contextura y lo pálido de su semblante, que se hallaba su físico en bastante decadencia. Mas nadie presagiaba su fin próximo, ni el ataque, como repentino, que acaba de arrebatárnosle á los 68 años no cumplidos.

El público de Madrid dió muestras de lo grata y querida que le era la persona de Don Agustín Argüelles por una de estas manifestaciones, voluntarias, solemnes, espontáneas, que son como expansiones de almas fuertemente conmovidas que llevan grabada en ellas la sinceridad que las promueve. Desde que se supo su fallecimiento se llenó su casa de personas, unas de sus mismas, otras de contrarias opiniones, mas atraídas como maquinalmente del sentimiento que les inspiraba aquel suceso. Las calles por donde transitó su cadáver hasta el cementerio, se llenaron de un gentío inmenso, en cuyos semblantes se leia el homenaje de afliccion y de respeto que á los restos de un varon tan insigne tributaban. Se notaron en la procesion fúnebre los principales personajes de todos los colores y partidos. Mas de 60 coches seguian la comitiva, y la acompañaron hasta el campo santo. Allí se cerró completamente la escena del mundo para Argüelles: los que no estuvimos presentes á tan solemne y triste ceremonia, podemos fácilmente imaginar que corrieron muchas lágrimas sinceras, al ver que se abria la puerta del sepulcro para tan bueno y esclarecido ciudadano.

El nombre de don Agustín Argüelles pertenece ya á la historia. Es un español ilustre mas en los fastos de la patria. Ódiele el enemigo de las luces, el enemigo de las libertades españolas, el enemigo de su independencia: los demas, honrarán sinceramente su memoria, cualquiera que sea la diferencia de sus opiniones. Don Agustín Argüelles fué hombre puro, desinteresado, de la mas estricta probidad, de una grande elevacion de sentimientos, amante de su patria, fundador y apóstol de su libertad, celoso por su independencia, entusiasmado por sus glorias, literato insigne, profundo escritor, gigante en la tribuna pública. ¿Qué mas flores se pueden esparcir sobre su tumba? Administró grandes intereses; varias veces se vió halagado de la fortuna, y murió pobre. Sirvió los primeros destinos de la nacion y bajó al sepulcro sin decoraciones, sin ninguna de las pompas de la vanidad mundana. En su larga carrera se vé una linea recta seguida sin intermision, donde todo se corresponde y encadena. No varió de principios ni de sentimientos; no le arredraron dificultades; sufrió con valor y resignacion los ataques de sus enemigos; no torció el rostro á ninguna de las tempestades de su vida pública. A muy pocos puede aplicarse con mas exactitud lo de *Iustum et tenacum*,

propósi virum: del gran clásico de los latinos. Fué moderado y progresista por la diversa índole de las circunstancias que en dichos campos le habian colocado. Tuvo una parte muy activa en la formacion de dos Constituciones, por hallarse convencido de que eran las mejores ó las menos malas que en aquel tiempo podian darse. Fué siempre partidario acérrimo del sistema monárquico, por creerlo la mayor garantía de las libertades de su patria. Fué idólatra de estas libertades, y soldado fiel á su bandera. Conservó siempre un sentimiento de gratitud y cariño hácia el primer teatro donde brillaron sus talentos; y de haber sido de las cortes de Cádiz ya poco populares, se preció siempre con nobleza. En cuanto á su elocuencia, que es la palma mas brillante de su vida pública, tuvo rivales, mas nunca superiores. Algunos le excedieron en lo correcto y limado de la frase, en la elegancia del estilo, en el encadenamiento lógico de las ideas, en el tino y habilidad de aprovechar felices momentos de arrebató; mas en el grande arte de persuadir tal vez no le igualó nadie; porque ninguno habló con tanta abundancia de corazón, ni supo imprimir tal sello de sinceridad en sus discursos. Otros admiraban, deslumbraban, arrastraban. Argüelles en todas ocasiones fué creído. Era un hombre completamente identificado con lo que salia de sus labios, una alma que toda su pureza se mostraba. Convencia, porque era el primero convencido; arrastrado por su propia persuasion comunicaba fácilmente el impulso á su auditorio. Bajo este aspecto fué siempre irresistible; y si atendemos al poder mágico que ejerce la palabra en momentos solemnes sobre el hombre, no extrañaremos que cuando fué oída la de Argüelles por primera vez, en aquellas nuevas y profundas emociones, le haya dado su auditorio el nombre de *divino*.

EVARISTO SAN MIGUEL.

LITERATURA EXTRANJERA.

Bosquejos de España (Sketches in Spain) por el capitán S. E. Cook, de la marina real inglesa.

ARTICULO II.

A medida que se adelanta en la obra del capitán Cook se comprende mas claramente la dificultad de extractarla sin copiarla casi por entero: tan condensados están los materiales, y tan aprovechado el terreno. El segundo tomo trata en sus diversos capitulos de los ladrones, del comercio y las rentas de la hacienda, de los mármoles y vinos, de los caballos, de las minas, de la pintura, escultura y arquitectura, de varios ramos de historia natural y por último de la geología. Y no se crea por eso que es una mera tabla razonada de semejantes materias, pues solo de pintores y escultores hace mencion de 127, con noticias artísticas de todos ellos y juicios sólidos y detenidos de los principales. Las razones que nos asistian en el anterior artículo para preferir las palabras del capitán á las nuestras, tienen ahora mayor peso, pues las cualidades distintivas de su estilo son de mas bulto en el segundo tomo. Por lo tanto le seguiremos principalmente en aquellos trozos de camino en que su compañía es mas agradable.

Las noticias que da de los ladrones en el primer capitulo, prueban bien lo minucioso de sus indagaciones y lo claro de su juicio.

«Los bandoleros de caminos en España, dice, pueden dividirse en tres clases. La primera (1) *vateros* ó *vaterillos*, término específico derivado de un sustantivo que significa robo pequeño y ruin. Suelen frecuentar varios distritos, especialmente en la Andalucía alta donde rondan por las cercanías de las ciudades y pueblos para asaltar de noche al descuido viajero, generalmente con gran superioridad numérica. Muchas veces son gitanos y otros vagamundos de la misma calaña, y sus villanas mañas nos excusan de describirlos mas minuciosamente.

La segunda clase se compone de gavillas montadas á veces, pero mas frecuentemente de á pie, á las cuales puede dárseles el nombre de *salteadores*. Unas veces andan de continuo en despoblado y otras salen de los pueblos á empresas combinadas de adelantado, despues de lo cual vuelven á sus acostumbradas ocupaciones.

(1) Todas las palabras españolas subrayadas en el texto, están escritas del mismo modo.

»Los de la tercera clase, son la casta noble ó real que están equipados con regularidad y siempre en campaña, á caballo, bajo el mando de jefes conocidos, y en guerra abierta con las autoridades. Solo se encuentran ahora en la Andalucía baja.

»Las cuadrillas bien ordenadas toman á veces á su cargo la reparacion de los agravios é injusticias. Hace algunos años, y á lo que creo en la Mancha, existía una gavilla á cuyo capitan se vió entrar algunas veces de día en los pueblos avisando á las autoridades; y mandar abrir los almacenes para distribuir alimentos á los pobres. Acontece á menudo que semejantes gentes despues de errar durante algun tiempo por los confines de la sociedad, unas veces por indulto ó perdon expreso, otras por connivencia de los tribunales comprada á costa de una parte de sus ganancias, vuelven á entrar en la vida arreglada y llegan á ser pacíficos y honrados vecinos. En dos pueblos de Castilla la Vieja me aposenté yo en las dos principales posadas cuyos dueños eran ladrones retirados. Entrambos eran hombres superiores en estilo y en modales: el uno me acompañó fuera del pueblo en calidad de guia y su casa estaba manejada con mucho arreglo y tino.

»En 1830, se anunció oficialmente en la Gaceta que las desparramadas cuadrillas de Sierra Morena despues de haber estado quietas durante algun tiempo, habian juntado sus reliquias bastante numerosas sin embargo, y atacado en Despeña-Perros (paso famoso en el camino de Andalucía) una cuerda de presidiarios que iban á uno de los presidios del mediodía. La escolta que los conducía, sin embargo, tuvo mejor suerte que sus predecesores en su encuentro con don Quijote en los mismos parajes, y rechazó á sus enemigos. Semejante expedición que requeria vastas inteligencias y eficaz cooperacion entre gentes diseminadas por un extenso territorio, y tenía por único y desinteresado objeto el librar de trabajos á algunos miserables compañeros, solo puede verse en España. Aunque en el objeto no cabe defensa, la determinacion de unas gentes tan fieles y leales á una mala causa, les hace mucho honor, y se diferencia no poco de las que mueven en otros países á semejantes bandas.

»Los ladrones de Andalucía se diferencian de los demas por sus modales y garbo, cosa muy comun, especialmente con las mujeres, aunque no faltan excepciones. Una señora que yo conozco se libró de ser robada por su presencia de espíritu y tocando á esta gente singular en su punto de honor. Iba de viaje y se habia parado á almorzar en un desfiladero, donde se abrigaba una cuadrilla que tardó poco en parecer. Con admirable serenidad los convidó á que la acompañaran con la franca manera que se estila en el país, cosa que ellos aceptaron y la dejaron en paz. Esto solo en Andalucía podia acontecer. Mas de un ejemplar sucedió estando yo en España de devolver las alhajas de las damas mientras se llevaban todo lo demas, pero no siempre se ve esta novelesca generosidad.»

El resto del capítulo trae noticias no menos características y curiosas sobre la inexorable persecucion de los ladrones de Andalucía por Castro, que pudiera dar asunto á un drama; y sobre José María el hombre mas notable entre ellos. Por lo copiado en nuestro artículo anterior y por esto, pueden venir nuestros lectores en conocimiento de que los estudios de nuestro apreciable viajero acerca de la sociedad española son completos.

Los capítulos que tratan de las contribuciones y rentas de la hacienda pública, de los mármoles, vinos y caballos, habremos de dejarlos en claro, porque en una reseña por necesidad rápida no cabrian ciertas observaciones que los primeros nos sugieren; y en cuanto á los segundos aunque los tengamos por de importancia grande, forzosamente habremos de trocarlos por otros de mas valor sin duda en libros de esta clase.

Con esto queremos indicar los trabajos que el autor destina á la crítica y examen de las nobles artes en España, en los cuales descuella como en otras

partes y aun algo mas, aquella modestia, templanza y bondad que tan agradable hacen la lectura de su obra. Despues de dar una noticia de los principales edificios de España antes de entrar á juzgar las obras de escultura dice.

«En las observaciones acerca de estos estilos y maneras, las comparaciones se refieren á modelos reconocidos que han sido el testo de diversas edades, y no hay pretensiones de ciencia, ni maestría. Para estar en disposicion de juzgar acerca de estos asuntos, así como de cualquier otro ramo de ciencia, se necesitan práctica y costumbre, y para nada es menester aquí, ni se usará nunca el misterio ó la charlatanería. La obra que sirve de guia en cuanto á fechas y lugares es la de Cean Bermudez que puede reputarse la mejor compilacion moderna ó catálogo razonado.»

No necesitaba por cierto semejantes excusas y aclaraciones quien sabe profundizar ciertas cuestiones del arte y encadenar sus causas para presentar en su verdadero punto de vista la diferencia de sus efectos, como se vé por el siguiente párrafo.

«El paisaje ha sido estudiado por todas las escuelas (españolas) con el mas satisfactorio resultado y de ellos los hay que no ha aventajado ninguno. El estilo se diferencia del de Italia á no ser donde se ha imitado expresamente. El clima no es favorable á aquellos grandes efectos atmosféricos que son el alma del paisaje italiano y pueden trazarse desde la «alpina cresta del azul Friuli» de donde los padres del arte (1) sacaron sus inimitables vistas al través de los Apeninos centrales, donde se formaron los Carracci aplicando una observacion mas profunda sobre los efectos del aire que trasladaron luego de las peculiaridades locales á la pintura histórica y de país por medio de distinciones mas sutiles que las anteriormente observadas. En la *campagna* de Roma y en los distritos montañosos confinantes, en Olevano y en Palestrina puede seguirse á Claudio y á los Pousins dentro de sus talleres y verse su maquinaria en medio de sus magníficos efectos de sol, ó de sus cielos oscuros y tempestuosos. Las playas de Salerno y de Amalfi suministraron otras vistas á Salvator Rosa el cual comenzó allí aquellos estudios que se acabaron en los desiertos de Volterra y de la Toscana inferior. Estas espléndidas escenas de una naturaleza siempre varia no fueron concedidas á los pintores españoles. A mi juicio, con la claridad, sequedad y rareza del aire se echan menos en la Península aquellos mágicos efectos que despertaban los talentos de los grandes italianos, y el modo de ver la naturaleza es proporcionalmente distinto. El cielo de invierno es de un azul particularmente frio, claro y trasparente, mientras una atmósfera resplandeciente, brillante y sin nubes, poco acomodada por su misma excelencia á los usos del pintor, es la que se vé la mayor parte del año. Las tintas atmosféricas por todo el país son de un gris plateado perfectamente estudiado en todas las escuelas, y que las caracteriza donde no han imitado y aun copiado, como varias veces sucede, la escuela veneciana y otras de Italia. Por desgracia nadie ha registrado la España en toda su extension. Las costas de Valencia tienen peñascos parecidos á los de Amalfi y un cielo en cuyo cotejo el de Campania es oscuro y nebuloso, y Claudio hubiera encontrado tintas mas blandas y claras, si la fortuna le hubiese llevado á estas resplandecientes playas. Las ásperas costas de Asturias y Galicia con su frondosísima vegetacion ofrecen escenas que compiten con las mejores de Italia, y Sierra Nevada hubiera podido rivalizar con la Península oriental si hubiera sido estudiada. La cordillera central de Guadarrama proporcionó á Rubens algunos de los magníficos asuntos que han sido preservados por Bolswert.»

Quien de tal manera discurre, ya conocerán nuestros lectores cuán poco ha menester la indulgencia del público, y cuán perdonables serian en él aun los fueros de hombre de voto. Los juicios que forma de varios pintores de las diversas escuelas españolas y en especial de Zurbarán y de Murillo, dejan en buen lugar su criterio; pero del de Velazquez no podemos menos de transcribir algunos renglones.

«Velazquez es menos conocido como pintor de país, aunque en sus mejores obras ha igualado los mas eminentes que han podido existir. En este punto es mas variado que en ningun otro. Estudió detenidamente en Venecia, y yo he visto pinturas pequeñas copiadas de los dibujos ó cuadros originales del Ticiano, de los cuales apenas se distinguian. Él introdujo el paisaje en sus retratos, del mismo modo exactamente que aquel insigne maestro, acomodándolo al asunto y al tono de color del primer término. En el Felipe III, un azul subido del fondo está contrastado con las suaves tintas del gine y del caballo, y lo mismo sucede en otros varios. Algunos que no requerian el color fuerte empleado en esta pintura, tienen los tonos frios y plateados que se ven en los días de otoño y de invierno desde el palacio de Madrid al ponerse el sol detrás de la apartada cadena de montañas de Guadarrama, que para estos pintores era lo que el Friuli para los venecianos. Muchos de sus países mas pequeños son estudios familiares de las tierras de Aranjuez y otros sitios reales, con templos y ruinas. Casi todos los de esta clase se encuentran en Madrid, donde no hay ni siquiera uno de sus verdaderos paisajes. Dos muestras existen en mi poder de paisaje arquitectónico, compuestas al parecer como reminiscencias de Venecia, pero muy superiores á la realidad. Estos son muy raros, pero él pintó en casi todos los estilos. Otras dos imitaciones de Claudio tengo yo, una de las cuales apenas podría distinguirse á primera vista de aquel maestro; pero la ejecución es diferente, pues un solo brochazo ha producido los mismos efectos que los prolijos toques del delineador de Italia. Algunas veces se encuentran muestras extraordinarias de su ingenio en este ramo. Una de estas representa un *puerto* ó el paso de una montaña que domina un país distante iluminado por un poniente de sol brillante. La luz viene en disminucion hasta el primer término, y está trabajada á la manera de la escuela veneciana, viniendo á perderse en medio de rocas y precipicios sumergidos en la obscuridad mas profunda. Este cuadro que en la actualidad pára en Inglaterra, bien puede ponerse á la cabeza del arte de pintar países. Otro que tambien está en Inglaterra ha sido ejecutado en imitacion de Salvator Rosa, cuyas mas excelentes obras en su particular y mas grande estilo, iguala, si no excede. Pudiera suponerse que se habia pintado en Amalfi, aunque el autor nunca estuvo allí, segun lo bien que habia comprendido el color y carácter del lugar. Hay muchas pruebas de la buena correspondencia artística y amigable rivalidad que existia entre él y Rubens, á quien se parecia en algunas cosas, siendo los dos, no solo artistas de la mas elevada esfera, sino cumplidos caballeros y hombres de sociedad. Con la misma verdad pintaba *bodegones* ó asuntos comunes de la escuela holandesa. En realidad cualquiera cosa desde la region mas encumbrada de la historia hasta las mas comunes y triviales, eran lo mismo para él. Yo he visto un corral de una granja donde se distinguen aves en todas sus ocupaciones habituales, que no le aventajaria ningun maestro holandés, y el bosquejo de un gran mastin royendo una cabeza de ternera que dificilmente igualaria el mismo Snyders. A él como á otros se le ha puesto la tacha de que sus figuras son comunes y ordinario su modo de ver la naturaleza; pero como no sabemos de qué originales se servia, tenemos por excusado sostener ninguna cuestion. Las cabezas de la familia de Austria nada tienen de semejante á los modelos de Giorgione y de Ticiano, y no es él el responsable de la falta de carácter que en ellas se advierte. Muchos de sus mejores retratos están desfigurados con el arrebol, detestable moda que entonces se usaba, pero que nunca se ha extendido por España. Debemos convenir en que sus obras son mas exóticas y tienen menos carácter español que las de Murillo y algunos otros. Entre aquellas y las de nuestro último presidente (1) se puede señalar una viva semejanza en el modo de ver los asuntos y de manejarlos. No se puede formar juicio de su talento, mucho menos que del de Murillo, por lo que se vé fuera de España. Si se exceptúan unas pocas obras que ahora están en Inglaterra, apenas es genuina ninguna cosa de las que se encuen-

(1) Giorgione y Ticiano.

(1) El famoso pintor inglés Reynolds. (N. del T.)

eran allende el Pirineo. Después de examinar una gran porción de las pinturas de Europa, vine á deducir que hasta mi llegada á Madrid nunca había visto una pintura realmente suya.»

Hemos transcrito este largo trozo porque como indica con mucha exactitud el capitán Cook, fuera de España no se comprende en toda su extensión el genio del príncipe de nuestros pintores, y entre los ingleses en especial no deja de ser común esta opinión.

De los trabajos de historia natural con que el autor cierra su obra está excluida la botánica por motivos tan honrosos para nosotros, como los siguientes.

«Otra razón es que la obra ha sido hecha ya por los naturales en gran parte de la península, y que el gobierno posee los materiales de una Flora Española casi completa y hombres capaces de ordenarlos, lo cual es muy de desear que se ponga en planta antes que perezcan aquellos y tengan cerrada la puerta para sus trabajos, estando ya en el último tercio de la vida. Cavanilles en su magnífica obra ha dado á conocer una gran porción de la botánica de Valencia. Rojas Clemente empleó muchos años en ardientes y activas investigaciones sobre la vegetación de la importante cordillera de Sierra Nevada, donde en pocas horas se pasa de una región tropical á la de Siberia ó Nueva Zembla; y particularmente en señalar límites ó zonas de vegetación. El importante distrito de Murcia y en especial la costa en la región de la Salsola ó país de la Barrilla ha sido examinada por el director de las alambres de Almazaron que ocupa su centro, el cual ha recogido un copioso herbario. Los oficiales de marina de Orce en la sierra de Segura me informaron de que en un lugar siete leguas distante, de cuyo nombre me olvidé, pero que está en los bosques, había un buen botánico en un rincón sumamente interesante y del todo desconocido. El botánico más hábil y experimentado que ha estudiado en tiempo alguno los Pirineos es, según opinión general, el doctor Bolos que reside en Olot (Cataluña la alta) y ha dedicado la mayor parte de su vida al estudio de la ciencia en un paraje muy á propósito para la investigación de la vertiente meridional de aquella cadena, de la cual se conoce muy poco comparativamente. Su herbario, según él dice, contiene nueve mil especies. La región central es muy conocida á Lagasca, el eminente profesor de Madrid, que habiéndose engolfado ardentemente por desgracia en el sistema constitucional y abandonado sus ocupaciones botánicas, es ahora del número de los desterrados.

«Los distritos meridionales, y del medio, añade poco después, encierran la botánica más interesante de este vasto país, y realizan el dicho de un elocuente escritor moderno sobre la Italia, que le es muy inferior; «que su esterilidad es más que la fertilidad de otros países.» Esto es literalmente cierto en España, donde en los sitios más incultos y silvestres se embalsama el aire con fragancias deliciosas: los hornos se encienden y los minerales se funden con plantas las más aromáticas, y en caso de epidemia podrían enviar en muchos sitios á las sierras por matorrales para quemar en las calles, seguros de que el aroma apartaría ó desvanecería la pestilencia.»

El capítulo que dedica al importante ramo de bosques es sumamente interesante y merece muy especial atención; y no son menos dignos de elogio sus apuntes sobre ornithología y sobre cuadrúpedos y reptiles de España. Las observaciones generales sobre la abandonada geología de este país con que el autor cierra su obra, nos moverían á dar cuenta de ellas, si no fuera por miedo de alargar aun mucho más este artículo.

Tales son los *Sketches in Spain* del capitán Cook. Nótase en ellos de cuando en cuando alguna inexactitud y cortadía excesiva de noticias. Por ejemplo de Leon solo apunta algo (y por cierto no de todo punto exacto) acerca de la catedral, y omite por entero los notables edificios de san Marcos y san Isidro. En lo perteneciente á historia natural dice que es muy dudoso que se encuentren osos en alguna parte más que en el Pirineo, y que en Asturias le aseguraron las gentes que no se veían; cuando así en las montañas de este país como en las de Leon y Galicia son muy abundantes.

Como quiera estos son tan pequeños lunares que á poca distancia ya no se advierten en la hermosa fisonomía de la obra. Si de los escritos puede deducirse no solo el talento del autor sino también su carácter, fuerza es convenir en que el de nuestro viajero tiene mucho de estimable y bondadoso, y que apenas hay página donde no trasluzca una imparcialidad benévola y suave que cautiva al lector sin que de ello se aperciba. Por las muestras que hemos insertado se ve que sus estudios son severos y sus ideas exactas, pero aunque de semejantes dotes careciera, el espíritu que ella transpira, le haría acreedor á la gratitud sincera del pueblo español. Por nuestra parte nos tenemos por dichosos en ser los primeros á manifestar unos sentimientos que no dudamos en atribuir á todos nuestros compatriotas. Si el capitán Cook contrajo en este país alguna deuda de gratitud, la ha pagado tan noble y caballerosamente que cuantos hayan tenido ocasión de complacerle se envanecerán de ello, y no desearán sino proporciones para obligarle de nuevo.

ENRIQUE GIL.

UNA MADRE HOLANDESA.

La vetusta, sabia y diplomática ciudad de Utrecht, cuya antiquísima torre se refleja en las aguas del Rin, despierta tan solo de su letargo, cuando toca á sus puertas, ese enjambre de estudiantes que vienen á extraer miel de las flores de su escuela. Cada año los padres no muy acomodados de las cercanías, se desprenden de una parte de sus modestas rentas, para enviar á sus aplicados hijos á aquel emporio de saber, donde muchos aseguran su porvenir.

Del número de estos, es el héroe de mi cuento, mozo interesante y entusiasta, joven é inexperto, pobre aunque holandés, y aunque holandés poeta.

Llegó á Utrecht el candoroso Carlos, en un modesto *treschuit*, barca no menos rara que su nombre, pesada, indolente y monótona, que se desliza sobre las aguas dormidas de las canales, sin ruido ni vida. Hospedóse en un modesto albergue, habitando un cuarto con estufa de blanca loza, cortinas como el ampo de la nieve, y cristales tan pequeños como limpios, y tan limpios como holandeses. Sus exiguos recursos no daban para otra cosa que algun pan negro, manteca y queso en abundancia, y de vez en cuando suculenta carne y prosaica cerveza; con lo cual, con su angelical carácter y risueñas esperanzas, vivía más feliz el mozalvete que el más cuidado hijo del primer Jonkheer ó sea hidalgo de Gueldres ó la Frisia.—Mientras que el cuitado pasaba todo invierno con tan triste economía, la fortuna se ocupaba lentamente de labrar su suerte.

Llegó por último la primavera, en que los pobres se creen ricos, pues dueños se imaginan de las flores que en el prado brotan, del sol que sobre su frente brilla, de las aves que para su encanto trinan. Carlos no solo halló la felicidad, por este tiempo, en los deleites que pródiga le concedía la naturaleza, sino que un extraño acaso vino á coronar el edificio de su ventura.

Dos veces por día el pobre mancebo, al ir á la Universidad y regresar á su casa, pasaba por una calle estrecha, oscura y plebea, habitada tan solo por artesanos ó mercaderes de cuarta esfera. Mas de una vez había notado que una mujer, poseedora de una tienda de antiguallas, ni con bastantes años para ser vieja, mas sí con demasiados para ser joven, se hallaba á la puerta de su casa siempre que él pasaba, mirándolo con una atención extraña de afecto é interés, y no perdiéndolo de vista hasta que trasponía la calle. Duró esta aparición todo el interminable invierno de aquellos climas, sin que el modesto Carlos lo atribuyese á motivo ninguno particular. Pero, sus compañeros, más tímidos que él, habían observado la afición de esta mujer, y llamaron la atención del distraído joven que se cercioró de la exactitud de estas observaciones.

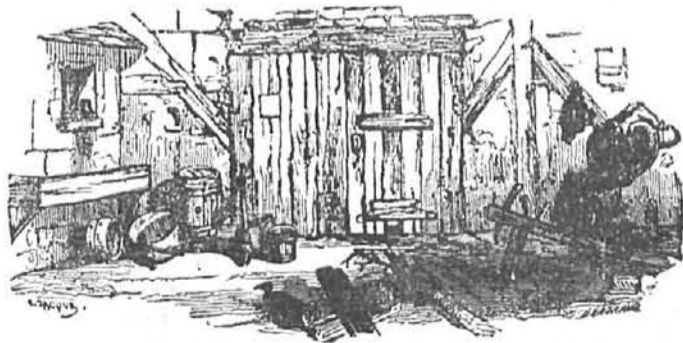
Tan luego como hubo certeza de la simpatía de la tendera, y que ni un estudiante careció del conocimiento de esta aventura, imagine quien pueda la broma, chanzas y diversion de que era objeto Carlos. El nombre de su amada era un motivo más de algazara. Llamábase Elvira Teederhart, ó sea corazón tierno: Decíanle sus amigos, cuando lo veían abatido: «consuélate, pues que te ha dado el cielo un corazón tierno cuyo ardor no han podido entibiar cincuenta inviernos.»



Carlos, sin saber por qué, escuchaba con repugnancia estas bromas; pero, no obstante, llegó á familiarizarse con ellas, y á reír como todos, al hablar de la tierna tendera. Un día que se había quedado algo detras de sus compañeros, y que Elvira estaba á la puerta de su tienda, uno de aquellos alegres estudiantes le dijo á gritos, parodiando una elegía holandesa: «acorre, corre, oh! harto tardío amante, tu joven enamorada te espera,» y diciendo esto, miraban con sardónica sonrisa á la tendera, lanzando en coro una carejada mofadora aquel tropel de desalmados estudiantes. En el momento mismo llegó Carlos á la tienda y vió que aquella mujer estaba inmutada y que arrojándole una indefinible mirada de tristeza y ternura, desapareció para ocultarse en la trastienda. Se retiró el joven silencioso, cabizbajo, irritado contra sus amigos, disgustado de sí propio, y perseguido por una vaga inquietud que se parecía á un remordimiento. ¿Cómo he podido tolerar, se decía, que insultasen mis amigos á esta buena mujer? ¿Qué ha hecho para tal escarnio? ¿y por qué no he rechazado semejante insolencia?

Al regresar de la cátedra, con paso más acelerado que de costumbre, volvió Carlos á la calle de su ultrajada amiga, con deseo vehemente de volverla á ver. Fué y volvió, se detuvo y miró, volvió la cabeza y pisó con fuerza: todo fué inútil. Elvira no salió cual solía, ni Carlos logró verla.

Pasaron un día y otro, sin que la tendera se dejase ver; su tienda estaba abierta, pero sola y abandonada.



Esta desaparición repentina de una mujer que parecía tan sentida y pundonorosa, aumentó los remordimientos y pesares de Carlos, el cual, exagerándolo todo, suponía irreparable el agravio hecho por sus amigos. Quien le veía marchar lenta y pesadamente por las calles de Utrecht, con la vista turbada, aire taciturno y labios desunidos, lo tomaba por un amante despechado.

Al cabo del tercer día, no pudiendo ya tolerar aquel corazón nuevo y puro la ansiedad que lo agobiaba, se decidió á poner término á su agonía, y para ello se resolvió á entrar en la tienda de la Teederhart y pedirle perdón por la ofensa de que había sido causa, á pesar suyo, pero de la cual le pesaba como si él fuera el culpable. Acercóse con timidez á la extraña tienda, dudó algo, y se volvió atrás; al fin, luchando como un niño, hizo un esfuerzo, y pisó el dintel de la puerta, con el recelo de quien teme que lean los vecinos en su frente la expresión de un sentimiento vedado-

Al hallarse allí, inmóvil, temblando y no sabiendo si debía entrar ó retroceder, la tendera abrió una puerta vidriera y saludó con dulce sonrisa al pudoroso joven.

—Dispensad mi atrevimiento, señora, le dijo este titubeando y turbado.

—¡Oh! exclamó la tendera, sé muy bien lo que deseais decirme; mucho me han afligido las imprudentes palabras de vuestros amigos; pero, no me cabe duda que vos no teneis de ellas culpa ninguna; sin que lo hayais notado, he seguido, durante estos tres días vuestros pasos, mostrándome vuestra zozobra y pesar que teneis el alma tan bella como me lo imaginaba yo al ver vuestro interesante rostro:—tomad asiento.

Sentóse, en efecto, Carlos en un sillón antiguo de encina, primorosamente esculpido, que era una de las mil rarezas de la tienda. Permaneció Elvira un momento en pié, silenciosa y pensativa, mirando al estudiante con interés y ternura, pero con la confianza de la inocencia. Sentándose en seguida y tomándole la mano, —¿Cómo os llamais? le preguntó. —Carlos. —Carlos! exclamó aquella mujer enajenada, ¿será cierto! ¿os llamais Carlos? ¡Dios mío! ¡cosa singular! decidmelo otra vez: Carlos es vuestro nombre? Carlos! Carlos! Su voz agitada daba extraña expresión á este nombre, sus miradas se clavaban en el absorto jóven; una vez pasado el arranque de entusiasmo, continuó así sus preguntas:—¿Qué edad teneis?—Veinte años.—Veinte años! eso es! estoy loca; ¿qué direis de mí? y sin embargo.... Detúvose un momento, ahogada por la enajenación, y estrechando afectuosamente en sus manos las de Carlos, le dijo con voz enternecida: «escuchad, Carlos; ¿quereis proporcionar un favor señalado á una pobre solitaria que no conoceis? ¿quereis venir á comer conmigo el domingo que viene, y no solo ese domingo sino todos los del año; cuando, al menos, no tengais convite mas agradable? porque yo soy vieja, y una triste tendera, en tanto que vos sois estudiante aplicado y teneis veinte años.—Oh! sí, vendré, exclamó el jóven con una exaltación extraña; vendré y nada habrá que me lo estorbe.—Gracias mil, Carlos; no os olvidéis de venir el domingo, y de aquí á entonces que seais feliz en vuestro modesto cuarto, con vuestros sabios libros y papeles.»

Diciendo esto, tendió la mano al jóven, el cual salió contento y como descargado de un grave peso, aunque sin poderse dar cuenta de la extrañeza de esa aventura.

Al volver á su casa, halló Carlos á sus amigos reunidos, hablando entre sí con gran misterio y esperando al parecer con impaciencia su llegada. Fué recibido con aplausos y en las primeras chanzas de cada cual no le fué difícil notar que á todos era público que venia de casa de la tendera.

—Es una loca, decía uno, lo tengo de buena tinta; sus vecinos no la ven salir jamas de su nicho, en que vive como una lechuza.—Es una tacaña, decía otro, que cuida sus escudos, como pudiera hacer con sus hijos; los viste con trapos viejos y los lava cada día.—¿Qué! no es eso! es una bruja, dijo otro; una bruja que se encarama por la chimenea y cabalga en el mango de una escoba.—Es una mujer excelente, exclamó de repente indignado Carlos, una mujer de quien no volveré á tolerar jamas que se hable sin respeto, en presencia mia.

El próximo domingo no faltó el estudiante á la cita. Adornóse con su mejor frac, con la corbata que le había bordado su hermana, con su chaleco de pana, y con la imperceptible vanidad de un jóven satisfecho de sí mismo. Fué recibido en un cuarto sencillo, aunque hermoso; los muebles, los adornos todos denotaban buen gusto y modestia. Era, no obstante, el adorno principal de aquella habitación, un cuadro bastante grande, cubierto con un crespon negro, colgado en el testero.

La Teederhart se mostró regocijada al ver la puntualidad de su nuevo amigo, y aunque era regalada su comida, le pidió mil veces perdón por convidarlo á tan mezquina mesa: hubiera querido que el pescado fuese mas fresco, que las perdices estuviesen mejor cebadas. Sirvióle, en vasos de Venecia, ricos vinos del Rin y de Borgoña. Al terminar la comida le hizo mil preguntas con el fin de saber cuál era su pais, su familia, su plan de porvenir, y recibia las respuestas

todas con las señales mas evidentes de simpatía.

Después de dos ó tres horas de dulce é íntima conversacion, en que la tendera habia mas de una vez dado á su amigo pruebas de interés, cuando éste se despedia de ella, le dijo Elvira, sacando de una papelería un bolsillo lleno de plata: «me habeis hecho un favor que tengo en mucho, os habeis privado por mí de vuestro recreo del domingo; concededme otro favor mas. Yo sé muy bien que no sois rico, me lo habeis confesado vos mismo, y en Utrecht, solo, con escasos recursos debeis padecer muchas privaciones. Dispensadme la gracia de aceptar una parte de lo que á mí me sobra. La voz de la Providencia me manda que os haga esta dádiva, habiéndome dado mas de lo que he menester, sin duda, para que contribuya á la felicidad ajena. Tomad, le dijo, queriéndole entregar el bolsillo; mas, como Carlos se retirase con un movimiento de vergüenza, insistió ella, diciéndole con dulzura. ¡Oh! en nombre de vuestra madre, no refuseis esta ligera ofrenda; pensad que no perjudico á nadie, y que me la pagareis un día cuando seais rico y feliz como mereceis.

Carlos luchó, pero, al fin, fué vencido por la ternura y afectuosidad de la tendera, quien al ver que tomaba su bolsillo, juntando las manos exclamó: ¡el cielo os bendiga!

Muchos domingos se pasaron de igual modo; Carlos, siempre afanoso de ver á su amiga, y esta cada día mas contenta de su trato, mimándolo y agasajándolo con atenciones delicadas, inquiriendo con interés el estado de sus adelantos, de sus necesidades y de sus sueños de jóven. A veces sonreia al escuchar narraciones llenas de candor é ingenuidad, otras lo alentaba en sus estudios, otras aprobaba sus planes, y por fin otras lo reprendia con tono de dulce y cariñosa autoridad, cuando hallaba en su conducta algo que mereciese reconvencion.

Carlos hubiera querido tambien penetrar en la historia de la vida de la tendera; habia, en la mirada suavísima de esta, un imperceptible rayo de tristeza que interesaba y que era difícil poder explicar. Viendo su fisonomía franca y expresiva, sus grandes ojos azules, cuyo brillo no habia podido ajar la

edad, sus labios que separaba á veces una afectuosa sonrisa, aquel rostro con perfiles suaves y graciosos, podia cualquiera asegurar que habia sido bella, y dudar si aquel misterioso recato y lánguida ternura no ocultaban una de esas pasiones mal ahogadas que lastiman el corazón, uno de estos tristísimos desengaños, ó tenaces y profundos recuerdos que borra el tiempo con tanta lentitud, si los borra alguna vez. Pero, siempre que intentaba Carlos recordarle los días ya pasados, la amargura se pintaba en su rostro y clavaba sus ojos arrasados en lágrimas en el jóven que se arrepentia de su curiosidad. Hubiera podido, por conducto de sus amigos, saber algo de la vida pasada de aquella mujer; pero, un sentimiento de delicadeza le impedia recurrir á este medio indirecto para saber lo que deseaba ocultarle su bienhechora.

Por lo demás, Carlos era feliz, siendo acogido cada vez con mas efusion y amor, buscando aquella mujer singular medios ingeniosos de cuidar de las necesidades y aun caprichos de su amigo, á quien decia, cuando este se negaba á recibir sus dones: «tomad, Carlos, tomad; mas os debo yo á vos que vos á mí: os debo una ilusión que es casi una felicidad. Dios, sin duda, es quien nos ha reunido, dándonos á vos una tutela desinteresada y á mí un poco de alegría en mis pesares.

Un día que Carlos se obstinaba en rehusar, con mas empeño que de costumbre, le dijo la tendera, con tono medio risueño, medio grave: «no soy tan desinteresada como creéis; tengo que pedir os una gracia.... despues no atreviéndose á continuar: oh! no, no me atreveré jamas; es una locura que no entenderiais, y que tal vez me haria parecer ridícula á vuestros ojos.

—No, hablad, contestó el estudiante, hablad; respeto ciegamente vuestra voluntad, y jamas daré, á lo que de vos me venga, sino una interpretacion razonable.—Pues, bueno... querria... pero es una niña que va á pareceros extraña; quisiera que viniereis á comer un día con un frac verde como se llevaban hace veinte años, con botones de metal y un chaleco de terciopelo azul. Ese traje no es ya de moda, y se



reirian de vos vuestros compañeros; mas, ¡qué grande satisfacción seria para vuestra amiga el veros así!

—Si, contestó Carlos con el acento mismo que usara para anunciar una resolución heroica; vendré á veros de ese modo, no una vez sola, sino siempre, si así lo deseais.

El sastré á quien el estudiante encargó este traje, halló extraño el gusto, pero por no desperdiciar esta ocasión de ganar, que fuera gran crimen para un holandés, entregó su obra en el día señalado.

Al siguiente domingo no faltó Carlos con su caprichoso traje á su convite semanal, aunque no logró llegar á casa de la tendera sin llamar antes la atención de cuantos le vieron cruzar las calles, que unos lo tuvieron por loco y otros por bufó. Pero él no se cuidó de tamañas pequeñeces, ocupado tan solo de la felicidad que experimentaba, cumpliendo los menores caprichos de su bienhechora. Al verlo esta entrar por la puerta de su gabinete, lanzó un grito mirándolo de pies á cabeza con solícita atención, y volviéndolo á

mirar cada vez con mayor gozo y asombro. Después, llevándolo á otra sala inmediata:—esperad, le dijo, falta todavía algo para que esteis del todo á mi gusto. Y al mismo tiempo que esto decía, sacó de un armario un pañuelo blanco bordado con primor y lo puso al cuello de Carlos, en vez de su corbata de raso, y mirando, prorumpió en exclamaciones de asombro: «¡oh, Dios mio! Dios mio!» y estrechando las manos del jóven contra su corazón, lo contempló conmovida, con el corazón agitado y sin poder decir ni una sola palabra. Mientras que ambos estaban así, mudos y sin conocer el estudiante el secreto de aquella escena, entró en el cuarto una amiga de la casa, y al ver á Carlos, exclamó sin poderse reprimir: ¡Jesus Maria ¡es Carlos! ¡el mismo Carlos! Al escuchar esta palabra mágica, la Teederhart, no pudo evitar una exclamación de dolor, y cubriendo el rostro con sus manos huyó á otra pieza. Es Carlos, dijo la amiga mirando con mas atención al que en efecto se llamaba así. Válgame el cielo, continuó, ¿háse jamas visto semejanza mayor?—pero ¿quién es, dijo el estudiante, ese Carlos de quien habláis?—¿qué! ¿no lo sabeis? el hijo de mi amiga, el hijo adorado que llora. Y acercándose al cuadro cubierto con un crespon negro que ocupaba el testero de la sala, recorrió el velo, y pudo Carlos ver un jóven vestido como él estaba entonces, y tan parecido á él, que ningun pintor hubiese podido hacer su retrato con exactitud mayor, ni habria espejo que mejor reprodujese las facciones de su rostro.—Oh! pobre mujer! exclamó Carlos, desgraciada madre! Ahora comprendo todo lo que ha padecido, todas las alegrías falaces y crueles pesares que debe haberle causado mi presencia.

En el momento mismo volvió la Teederhart, pálida y demudada, con señales en los párpados de que habia llorado.—«Querida Teresa, dijo á su amiga, volved mañana y dejadme ahora entregada á mis recuerdos.» Su amiga le estrechó la mano silenciosamente y desapareció. La pobre madre se sentó, abatida y con dolor; y, tomando la mano de Carlos, al propio tiempo que miraba el retrato, le dijo: «ya lo sabeis todo por fin; ya sabeis porqué he estado tan vivamente conmovida al veros por casualidad pasar un dia por delante de mi casa, porqué he deseado veros mas amenudo, y porqué os amo tanto. Perdonadme si el afecto que os he mostrado se dirigia menos á vos que á un recuerdo... No he buscado en vos, debo confesarlo, al principio mas que una semejanza; pero después de haber hallado la de la fisonomía, que bien hubiera podido no producir en mí sino una impresion pasajera, he hallado la del alma y del carácter que me ha inspirado cada vez mayor indecible sentimiento de ternura y gratitud, como si vos mismo os complacéis en hermohear esta ilusión con todas las dotes del alma. Ay! aquel á quien tanto os pareceis, y cuyo nombre, por un extraño acaso, teneis asimismo, era como vos, jóven, bueno y honrado. Por desgracia, no era tan juicioso como vos, y se complacia en sueños dorados, llenos de aventuras peligrosas. Esta casa que vos hallais lujosa, le parecia pobre; esta ciudad, oscura; este pais, pequeño; quería volar por el espacio y tentar cosas grandes. Los mas distantes viajes, los mas arriesgados planes eran los que mas agradaban á su ardiente y viva imaginación. Podía dejarle yo una fortuna considerable, pues no soy de las mas pobres de Utrecht; pero, no le bastaba la fortuna que da el dinero, quería gloria, la gloria de los riesgos, de las atrevidas empresas, de los inciertos descubrimientos, la gloria de Houtman, de Heemskerck, de esos valerosos viajeros holandeses. ¡Cuántas veces, viéndolo tan afanoso de volar sobre las olas del Océano, le decía yo como la triste madre de que habla el poeta de Frisia, Gijsbert Japick: «Carlos, Carlos ¿por qué quieres dejarme? es tan pequeña la ciudad que te vió nacer, tan triste la casa que te cobija, tan duro el corazón de tu madre, que no puedas hallar en la anchura de la ciudad, en los goces del hogar materno, en la ternura sin límites que cuidó de tu infancia, alimento bastante para tu alma y tu imaginación?» su padre habia muerto y mis ruegos no bastaron. Este hijo adorado me abandonó! veinte años hace hoy que cubrí por última vez su rostro con mi llanto en las playas de Amsterdam. Pereció en un naufragio, dijo la madre, después de una ligera pausa, y desde el dia en que recibí tan triste nueva, no he conocido un solo pensamiento de ale-

gria, hasta el dia en que os he visto, y en que, entregándome á un error loco, he tratado de confundir la imágen grabada en mi corazón con la que viva veía delante de mí. A veces, ignorando esto, debeis haberme hallado extravagante, perdonádmelo. Ahora que lo sabeis todo, concededme un poco de cariño, ya que no por gratitud, al menos por compasión.»

Y como Carlos conmovido tardase en contestar, oh!—decidme, exclamó de nuevo, decidme al menos que no dejaré de veros, que no me abandonaréis como Carlos, con riesgo de nuestra vida. Os lo ruego, no solo por mí, sino por vuestra madre infeliz. Ay! si supierais cuánto cuesta al corazón de las desdichadas madres ver á sus hijos que parten para lejanas tierras, y de saber que se mecen sobre las olas cuando muge el viento y está sombrío el cielo!

—No, contestó Carlos, no tengo esas ideas de vuestro Carlos; no quiero mas dicha que la que poseo. Permaneceré toda mi vida cerca de vos y de mis padres; seré, con la ayuda de Dios, regular abogado, pacífico ciudadano de Utrecht, buen padre de familia, pasaré el dia estudiando, y la noche fumando mi pipa al lado de la estufa: ese es el porvenir que deseo.—Bendito seas, profirió la madre, ¿por qué no tenia Carlos estas ideas de paz y goce doméstico? lo veria ahora á mi lado y seria la mas feliz de las mujeres. Pero, al menos, vos no me abandonaréis, vos que le asemejais tanto, y que el cielo me envía, como último rayo de consuelo.

Desde este momento, estrecháronse, como era natural mas y mas los lazos que unian á Carlos y la Teederhart. Vefanse no una sino varias veces cada dia, y el jóven, desde que habia penetrado el secreto de tan agudo dolor, experimentaba un placer vivo, al imaginarse que su presencia podia suavizar ó suspender la amargura de la pobre madre, la cual, por su parte, buscaba cuantos medios le sugeria su amoroso cariño para adivinar los deseos y satisfacer los caprichos de su protegido.

Hubiera dicho cualquiera que aquella nueva madre, á fuerza de esmero y atenciones, quería cuidar de que aquel nuevo hijo no fuese arrancado de su amor por el huracán de las pasiones.

Pasáronse así varios años. Los que al principio no consideraban á la tendera de otro modo que como una mujer estravagante, se conmovieron al saber lo que habia padecido, y los amigos de Carlos, que tanto se habian burlado de sus relaciones, se arrepintieron de tan mal juicio. Los padres del estudiante fueron á Utrecht, tan solo por ver á aquella mujer cariñosa.

—Dejadme á vuestro Carlos, les dijo, es mi hijo adoptivo; mi corazón lo adopta; triste de mí! Dejadme morir en sus brazos, y cuando esto, que no puede tardar, suceda, Carlos volverá á ser vuestro.

Murió en breve la desconsolada y tiernísima madre, después de bendecir á Carlos, y dejarlo heredero universal de su importante fortuna. Tan solo dejó una fundación de 200 florines anuales, perpetuamente, para la madre de un jóven de 20 años muerto en un naufragio.

Carlos se casó al cabo de algunos años, y fué abogado en Utrecht: su hijo primogénito se llamó Carlos; su hija Elvira, como su bienhechora.

El, su mujer y sus hijos oraron todos los dias de su vida por Elvira Teederhart, la mas tierna de las madres.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.



ESPATOLINO.

VII.

Pronto cumplirán 39 años que vine al mundo: mi padre era un hombre de bien y acomodado: mi madre una santa.

Cuando tenia yo 16 años, mi alma era estrecha para los cultos que en ella se abrigaban. Creía en todo y de todo me formaba una religion, porque era de naturaleza ardiente y propenso al fanatismo: en mi alma no nacieron jamás sentimientos débiles, se asemejaba á aquellas tierras en que no brotan las flores sino árboles colosales.

Tenia una fé profunda en la justicia de Dios, en la virtud de mi madre, en la amistad de Carlos, y en el amor de mi querida.

Carlos era un noble dos años mayor que yo, pero que gozaba ya de una absoluta independencia y de considerables riquezas. Mi madre habia sido su nodriza y mi hermana Giulietta era su hermana de leche. En cuanto á mi querida, era una huérfana prohibida por mi familia, y que criada conmigo desde los años mas tiernos me amaba con pasión, antes de saber que el amor existia. Aquel cariño comenzado cuasi con la vida parecia inseparable de ella, y yo le pagaba con tanta vehemencia que nunca pensé en que pudiera haber en el mundo mujer mas hermosa que Luigia. Ella era la poesía de mi imaginación y el encanto de mis ojos: su vivacidad, sus caprichos, sus inocentes coquetías, todo en ella me hechizaba; si bien, á veces me alligian los extravagantes celos que le daba mi amistad con el jóven conde.—Ese Carlos, decía, me usurpa tu corazón: si fuese mujer le preferirias á mí. Sin cesar pienso en esto, y soy infeliz.

Afligame al observar su pena, pero no pensé en disminuir las demostraciones de afecto que hacia constantemente á mi amigo. De dia en dia se aumentaba el entusiasmo que habia sabido inspirarme: veía-le como el tipo mas perfecto del honor y de la caballería. Indignábase al solo nombre de perfidia, no podia tolerar la injusticia, y se encendia de rubor como una niña cuando se relataba en su presencia algun hecho torpe ó indecente. Pareciame imposible conocer á Carlos y no amarle, y sin embargo, mi hermana que tenia doble motivo para quererle, le trataba por lo comun con reserva y frialdad. Aquel carácter tan dulce, tan insinuante, que poseia mi amigo, y con el cual dominaba completamente el mio borrascoso y violento, no hacia impresion ninguna al parecer en una persona como Giulietta, que en tantos puntos se le asemejaba. Reñiala con frecuencia por su indiferencia hacia el conde; pero nada contestaba, y aun sucedió alguna vez que se echase á llorar, lo cual fué siempre un medio eficaz de disipar mi enfado.

Otra persona tan cara á mi familia como el mismo Carlos, y á la que yo colocaba en la esfera mas alta de mi estimación, era un comerciante que frecuentaba nuestra casa con la misma confianza que si fuese la suya. Era el oráculo de mi padre; mi madre le llamaba por antonomasia *el buen amigo*; y mi hermana y yo le respetábamos tanto como á los primeros.

El señor Sarti era un hombre circunspecto, grave, intachable en su conducta y severo en sus principios. Su delicadeza rayaba en nimiedad, su religion en fanatismo, y su extremada probidad era proverbial entre nuestros vecinos. A fuerza de industria y eficacia se habia creado un mediano caudal, que tenia el talento de hacer muy productivo en ciertos ramos de comercio, y aconsejado por él vendió mi padre las tierras que poseia y que habian bastado hasta entonces al decente sostenimiento de su familia, para entregarle todo el numerario, asociándosele en sus especulaciones.

Perdona, Anunziata, que te detenga en tales por menores, pues son necesarios para que comprendas las circunstancias que motivaron mi primer desengaño respecto á los hombres. Debíselo á aquel en cuyas manos se puso mi padre con la mas candida confianza. Su buena fé tuvo el pago que tiene siempre en el mundo. Sarti aparentó una quiebra súbita y se retiró del comercio, dejando arruinada á mi familia. No hubo nadie que fuese engañado por aquel mezquino fraude: la falsedad era notoria á todos los que conocian

á Sarti; pero mi padre no tuvo medios de justificarla y quedò reducido á la indignancia.

La impresion que hizo en mi ánimo aquella desgracia, fué menos viva por la situacion en que nos constituía, que por el asombro doloroso de encontrar un malvado en el hombre á quien desde niño me enseñaron á respetar. Hasta entonces no habia concebido la infamia sino bajo los harapos de la miseria y del vicio, y no sospechaba siquiera la existencia de la hipocresía.

De las tres mujeres que componian mi familia la mas sensible á nuestra ruina fué Luigia. Me acuerdo de un día en que lloraba amargamente, y preguntándole la causa me pintó con los mas sombríos colores nuestro comun porvenir. Ambos somos tan pobres, me dijo, que creo ya imposible nuestro casamiento. ¿Para qué habiamos de unirnos?... ¿para dar existencia á otros seres tan infelices como nosotros, que acaso no tendrian para conservarla sino el pan mendigado con lágrimas á las puertas de los ricos? No, Espatolino, jamas seremos ya el uno para el otro, porque ni tú ni yo poseemos ni un pedazo de tierra que cultivar con el sudor de nuestra frente, para dar de comer á nuestros hijos.

Aquellas tristes reflexiones á un mismo tiempo me traspasaron de dolor y me encendieron en ira: juzguélas un ultraje, y levantándome trémulo y palpitante en presencia de Luigia, no sé qué instinto me reveló una fuerza de voluntad que hasta entonces no habia tenido ocasion de conocer. Llevé una mano al corazon y la otra á la frente, y dije á mi querida.

—Mientras estos tesoros no se agoten, no faltará el pan á los hijos de Espatolino. ¿Para qué, proseguí radiante de fé y de esperanza, para qué concedió Dios al hombre estas dos facultades poderosas, de las cuales la una dicta, y la otra ejecuta? Yo oigo resonar en mi cabeza una voz incesante que me dice: el mundo es patrimonio de la inteligencia que le comprende, y de la voluntad que le domina.

Luigia me miraba con aire incrédulo; pero yo me aparté de su lado lleno de confianza en mí mismo, y resuelto á abrir para ella un porvenir dichoso; para ella que seria la madre de mis hijos! Mis hijos! esta palabra mágica desenvolvía al mismo tiempo que mi ambicion, un horizonte sin limites de esperanzas y venturas. Mis hijos! yo articulaba palpitando de orgullo estas sílabas poderosas, que me abrian un campo desconocido de deberes, de afectos y de alegrías.

Desde aquel día me dediqué á los mas asiduos y variados estudios, sin dejar por ello de desempeñar los mas fatigosos trabajos. Mi jóven amigo el conde *** me empleó en la secretaria de un personaje pariente suyo, en cuyo despacho pasaba la mayor parte de las horas del día escribiendo sin treguas, y al salir de allí, en vez de ir á solazarme con mi familia, me dedicaba al estudio, que continuaba sin interrupcion casi toda la noche.

Frecuentaba la *propaganda* donde me instruía en las lenguas orientales, acompañaba á Carlos á la escuela de esgrima y al gimnasio, y aquel año me llevé el segundo premio de escultura en la academia de san Lucas.

Mi aplicacion y las felices disposiciones que manifestaba, servian de estímulo á los profesores que se complacian en enseñarme gratuitamente, deduciendo de mis progresos exageradas esperanzas. Mi ambicion por saber no conocia limites: queria emprender todas las carreras y conocer todas las ciencias y las artes, fomentando tan loca avaricia los elogios que oia prodigar á mi capacidad.

Será otro Miguel Angel, decian algunos escultores.—Será algo mas, añadia un profesor de química: es mi discípulo mas aventajado.—Tiene admirable disposicion para la retórica, exclamaba mirándome con complacencia un célebre catedrático.

Si, decia yo por lo bajo, si! me encuentro capaz de todo: me abriré tantas sendas que alguna de ellas me conduzca á la gloria y á la fortuna.

La gloria y la fortuna no eran empero los únicos bienes que yo veía al término de aquellas sendas á que anhelaba lanzarme: veia tambien á Luigia y á ella consagraba de antemano los preciosos favores que esperaba arrancar al destino.

Mientras yo soportaba alegre aquella vida laboriosa y fatigante, sostenido por las mas halagüeñas

ilusiones, un cambio incomprendible se iba verificando en la mujer para quien hubiera querido conquistar la corona del mundo. Ya no me buscaba, no me escribia: en los cortos momentos de libertad que podia pasar con ella jamas sus ojos, antes tan solícitos en buscar los míos, me fijaban aquella mirada de amor tan silenciosa y tan elocuyente...aquella mirada que dicta tantos sacrificios y promete tantas compensaciones. No me hablaba Luigia de nuestro porvenir y ni aun parecia notar los esfuerzos que hacia para asegurárselo dichoso. Verdad es que viéndome enflaquecer de día en día, me preguntaba alguna vez en tono festivo, si no me lisonjeaba de alcanzar una vejez precoz por primer resultado de mis estudios. ¡Cuánta frialdad habia en sus acciones! ¡Cuánta indiferencia en sus palabras! Siempre que yo estaba con ella me parecia que se encontraba violenta, y cuando mis miradas eran mas tiernas tomaba su rostro una expresion mas desdeñosa.

Sin embargo, ninguna duda concebí de su ternura: el hombre encuentra mil recursos para disfrazarse las desgracias, y los amantes sobre todo, tan fecundos en quiméricos males, casi nunca conocen los positivos que, por mas que anticipadamente les amaguen, siempre les encuentran desapercibidos. Imaginé que la tibieza de Luigia provenia del enojo que le causaban mis continuas ausencias, y casi acepté su desvío como un nuevo testimonio de desinterés y ternura.

Una tarde empero al entrar en mi casa despues de doce horas de ausencia, noté que mi madre y mi hermana estaban conmovidas y con los ojos hinchados; mientras Luigia, que se entretenia en bordar, se puso encendida como la grana al escuchar mi saludo, al que correspondió turbada.

Sentéme junto á ella: el corazon me latía de manera que me ahogaba: mi sangre circulaba con rapidez y sin embargo sentia frio. Un cruel presentimiento me revelaba que aquel instante seria uno de los mas solemnes y terribles de mi existencia; temblaba como un cobarde; pero la fatalidad parecia impulsarme hácia una vaga y confusa desventura, experimentando cierta especie de impaciencia por apurarla toda y de un golpe.

Mi madre comprendió aquella extraña situacion, y me dijo con voz alterada.—Hijo mio, esta será la última noche que pasará con nosotros Luigia: mañana se casa con el señor Sarti, que la ama y la hará feliz.

Ningun acento articuló mi boca: no hice un gesto siquiera. Mi madre aseguraba despues que la habia sorprendido agradablemente mi serenidad, y cuando la pérfida Luigia se esforzaba en justificar su mudanza, dicen que aseguraba que solo habia imitado la mia, dando por testimonio de ella la indiferencia con que supe su casamiento.

En efecto, Anunziata, la felicité con calma, sonriendo: la dije que á pesar de la aparente quiebra del comerciante, podia estar segura de que era rico, y aun tuve la paciencia de escucharla cuando quiso darme una explicacion de los motivos que la habian decidido á aceptar la mano de aquel infame, y á recatarnos con tanto misterio sus relaciones con él.

Alabé su prudencia, abracé á mi madre y á mi hermana deseándolas una noche tranquila, y me retiré á mi aposento tan sosegado como de costumbre.

No era una resolucion la que yo llevaba conmigo, era una necesidad á la cual veia imposible resistir. Tenia el corazon hecho pedazos; pero estaba sereno, porque conocí que no se encontraba remedio para heridas de muerte como las mías.

Era la media noche, y todos á mi entender dormian ya: salí entonces sin hacer ruido y me encaminé al Tiber, que distaba poco de mi casa. La obscuridad era profunda, y yo iba tan preocupado que no eché de ver que me siguiese nadie; pero en el instante en que encomendando mi alma al Criador iba á arrojarme en el rio, un brazo varonil me asió por la cintura, y una voz querida dejó oír estas palabras.—Ingrato! ¿Nada soy en el mundo que así quieres dejarle?

Caí en los brazos de Carlos y un mar de lágrimas brotó de mis ojos, secos hasta entonces. Aquel fué el momento de una crisis dolorosa pero favorable: el conde supo aprovecharlo y me volvió á mi casa, donde nos recibió mi hermana, que por una coincidencia que entonces creí casual, aun no se habia acostado.

No intentaré pintarte los amargos días que siguieron al de mi triste desengaño: el tiempo consiguió templar la violencia de mi dolor; pero no me fué dado sentir por mujer ninguna lo que me habia inspirado Luigia, y perdi con la fé en el amor el entusiasmo por la hermosura. Volvíme triste y desconfiado: mi carácter adquirió cierta rudeza que no le era natural, y hubiera caído en profunda apatía si el continuo espectáculo de una familia reducida á sostenerse con el trabajo personal de mi padre, ya viejo y achacososo, no me hubiese hecho comprender la necesidad de sacar algun fruto de mi juventud y buenas disposiciones.

Con el favor del conde ascendí al empleo de secretario privado de aquel personaje en cuya casa habia tenido hasta entonces el humilde cargo de copiante subalterno, y obtuve en poco tiempo la confianza de mi señor, que ocupaba un puesto elevado. ¡Oh! ¡cuán densa sentí entonces aquella atmósfera brillante de la grandeza! ¡Cuántos mezquinos secretos, cuántos enigmas de corrupcion me fueron revelados! ¡Anunziata! no permitiré que detengas ni un momento tus ojos en aquellos cuadros de intrigas y perfidias, que se encuentran cada día y á todas horas, en las mudas paredes de los palacios.

Concebí escrúpulos, y por ventajoso que me fuese mi nuevo destino resolví renunciarle, y aun hubiera querido abandonar para siempre aquella capital del mundo cristiano, que habia considerado largo tiempo como el santo modelo de las naciones católicas.

El conde *** me hizo comprender los peligros de semejante tentativa y desistí con pena. El conocimiento de ciertos secretos, superiores á mi esfera, me ataban á aquel puesto detestable, y suspiraba en vano por la obscuridad de mi pasada vida.

Un consuelo tenia empero, y era el de poder ser útil á mi desgraciada familia, á la que destinaba todo mi sueldo. Carlos celebraba mi desprendimiento llamándome dechado de ternura filial, y yo lloraba de alegría cuando estrechándome entre sus brazos, en presencia de muchos de sus nobles parientes, me daba con una especie de orgullo el dulce nombre de amigo. ¿Y cómo no habia de lisonjearme aquella distincion? Carlos era el mas cumplido caballero de Roma: era el modelo de la juventud, y para mí el fénix de la amistad. Colmábame de favores y tuve la dicha de corresponderle, exponiendo dos veces mi vida por la suya. Salvé una noche del puñal de dos asesinos asalariados por un enemigo poderoso de su ilustre familia; y algunos meses despues de aquel servicio tuve ocasion de prestarle otro no menos importante. La peste invadió á Roma y mi amigo fué una de sus primeras víctimas. El terror del contagio era tan profundo, que sus parientes y aun sus propios criados le abandonaron: entonces velé á su cabecera de día y de noche, y cuando le arranqué de los brazos de la muerte, sucumbí al terrible mal de que le habia libertado.

¿Por qué el destino me ha separado tantas veces del borde de la tumba? ¿Por qué no dejé de existir entonces que aun hubiera llevado del mundo algunos aromas de ilusion?

Estaba apenas convaleciente de mi larga enfermedad cuando... déjame respirar, Anunziata, porque despues de veinte años que han transcurrido desde el hecho que voy á referir, todavia está reciente y fresco en mi memoria, y siento encenderse mi sangre y rasgarse mi corazon, al fiar á mis labios tan doloroso relato.

Guardó silencio Espatolino, y rompiéndole de súbito bruscamente, dijo con voz rápida y con acento sordo. Mi hermana desapareció de la casa paterna, y por una carta suya supimos que seguia á un hombre con quien mantenía hacia mas de un año criminal correspondencia. Declaraba haber sido seducida por falaces promesas; acusaba á su amante de ingrato y desleal; pero confesaba que le amaba todavia y que una circunstancia desgraciada, resultado de su debilidad, la ponía en la precision de abandonarse completamente á él.

—¡Ay! dijo Anunziata con trémula voz y ruboroso semblante: tienes razon en recordar esa como la mas cruel de tus desventuras, puesto que aquella desgraciada victima te era querida. ¿Qué le queda á la mujer que todo lo sacrifica al amor?... ¡Una vida de infamia y de remordimiento!

—Infamia! remordimiento! repitió con atronador

acento el bandido. Mientes, mujer! mientes! La infamia y el remordimiento no pueden ser para la víctima: ¿quiénes son los imbéciles, los malvados que se atrevieron á inventar imaginarios tormentos, para arrojarlos sobre el sér desvalido que sucumbe al doble poder con que revisten al hombre la naturaleza y sus propias leyes? ¿Qué principio de justicia existía en los cobardes que dieron armas á la fuerza y dijeron á la debilidad inerme, vence ó serás castigada?—No! en vano el egoísmo de una mitad del género humano dicta leyes inicuas para oprimir á la otra; porque la voz íntima de la conciencia protesta contra ellas, en el fondo de toda alma que no está corrompida, y dice:—la infamia y el remordimiento á la fuerza que abusa, y no á la flaqueza que sucumbe.

Interrumpióse el bandido con una carcajada de risa que le hizo temblar como una convulsión, y añadió con amarga ironía.—Admirables convenciones las de los hombres cultos! Sería una lástima que caducasen: ¿no es cierto, Anunziata? ¿No es cierto que sería imposible encontrar bases más sólidas para apoyar el edificio de la moral pública? ¿Quieres admirar conmigo las bellas proporciones de la máquina social? ¿Quieres que examinemos una á una todas las grandes instituciones que aspiran á eternizarse?... Delirio! Arranquemos sus ropajes de oropel á aquellos esqueletos carcomidos, que no esperan sino un nuevo soplo del tiempo para rodar deshechos de sus vacilantes pedestales...

—Calla! exclamó Anunziata con angustia: calla, profeta del infierno, que anhelas cantar la ruina de cuanto acata el mundo en el centro de tu guarida de tigre. Calla, porque tu voz ímpia es como el huracán, y arranca de raíz todos los cultos del alma.

Espatolino no la escuchaba: había inclinado su cabeza sobre las rodillas de la jóven, como si le abrumase algún grave pensamiento, y murmuraba palabras incomprensibles.

—Todo caerá (decía), pero ¿para qué?... ¿Habrá muchos que derriben!... ¿Aparecerá en alas del tiempo algún gran arquitecto que reuna los escombros y levante?... ¿Será obra de los siglos ó de un Mesías venidero?... La duda! siempre la duda! El supremo bien del hombre es la esperanza... pero la esperanza no es más que eso: la duda!

Y bien! dijo Anunziata con tímida voz: ¿cual fué la suerte de la infeliz Giulietta? ¿cómo recibió tu corazón el deshonor de tu hermana?

El bandido se estremeció como si despertase de un penoso sueño, y respondió con acento tan hondo como si saliera de un sepulcro.

—El deshonor de mi hermana ha sido lavado con sangre; pero la herida del corazón de Espatolino está abierta todavía... porque el asesino de Giulietta... era Carlos!

—Y qué hicisteis? preguntó la jóven.

—Te he dicho que estaba apenas convaleciente: y bien! recaí, estuve moribundo... peor todavía: estuve loco!

Durante mi enfermedad mi familia imploró de las leyes la reparación de su inmerecido ultraje, y la justicia de los hombres decretó.....

—Que se casase el conde con Giulietta? dijo con viveza la sobrina de Rótoli.

—Que tú diese oro en resarcimiento de su inocencia y de su felicidad perdidas, respondió con una risa espantosa el bandolero. Aquella equitativa sentencia fué cumplida, pues el conde cansado de una mujer cuya hermosura se había marchitado al hacerle padre de una criatura que vivió pocas horas, no tuvo inconveniente en someterse al fallo judicial, y la víctima volvió á entrar deshonorada y moribunda en el hogar paterno de que había sido arrancada. ¡Pero llevaba oro!

—Y le recibisteis! exclamó Anunziata con noble indignación.

—Sí, respondió el bandido con voz terrible: le recibí yo mismo: porque era preciso que vieses con mis ojos aquella dádiva del vicio, aquel precio de la vergüenza: era preciso que sintiese arder en mi mano calenturienta el vil metal que pagaba la deshonra. Sobre él juré pagar la venganza á cualquier precio.

Todavía no había aprendido á asesinar y reté al conde; pero me contestó que solo entre iguales era permitido el duelo.

Iguales! no lo éramos á fé, pues yo era un hombre

honrado y él un pícaro. Díjesele y me dió un bofetón. ¡No convenía á su dignidad batirse conmigo, pero le estaba permitido deshonrarme dos veces! Me puse frenético: los oídos me zumbaban y todo lo veía al través de una nube de sangre. Mi aspecto debía ser terrible pues ví palidecer al malvado. Su cobardía aumentó mi furor. Tres veces le mandé defenderse; pero volviéndome la espalda quiso huir... se lo impedí asiéndole por los cabellos y sepulté mi acero en su pecho. Mi mano, no avezada al crimen, dejó incompleta su obra. Algunas semanas después del día de mi venganza, el conde se paseaba por las calles de Roma y yo salía para el presidio por diez años.

—Por diez años!

—No te asustes, jóven, repuso con sardónica sonrisa el bandolero, pues el conde fué tan magnánimo que consiguió mi indulto al cabo de veinte meses, granjeándose con este rasgo de generosidad tanta admiración como aborrecimiento recayó sobre mí, cuyo negro crimen no había sido suficientemente expiado.

¿Sabes lo que es el presidio, Anunziata? Es un receptáculo de seres envilecidos entre los cuales se confunden heroicos criminales. Junto á mí estaban el incestuoso y el falsario: el vicio y la desgracia se amalgaman allí, y si esta no se contagia con aquel, se corrompe exacerbada por la injusticia. Por eso muchos entran en aquel sitio con sentimientos de hombre; pero ninguno sale sin instintos de fiera.

Yo había visto en el mundo al crimen vestido y embarnizado, y le contemplé en el presidio desnudo y sucio: pero era el mismo! Hice tristes reflexiones respecto á la humanidad: me acordaba sin cesar de mi padre arruinado por un perverso, que prosperaba mientras él conquistaba trabajosamente su sustento: de Luigia vendiendo la fé sagrada de su primer amor, mientras yo la sacrificaba mi juventud; del conde gozando todas las consideraciones del mundo, mientras su víctima espiraba en el oprobio.

Comencé á considerar como una desgraciada excepción al hombre inepto para el mal, y en medio de criminales mezquinos y repugnantes concebí grandeza y poesía en el crimen. Parecióme grande como terrible la misión de vengador, y que ningún arma debía ser prohibida al que combatiese la injusticia.

Ideas raras y atrevidas pasaban y repasaban por mi cerebro; pero aun no las acogía mi voluntad porque todavía creía en Dios, y me contentaba con implorarlo á favor de la corta porción de los buenos y de la grande de los desvalidos.

Recibí mi indulto y salí del presidio: nada había sabido de mi familia durante los veinte meses de mi castigo, y me dirigí lleno de alegría al hogar querido de mi infancia. ¡Dios mío! exclamé muchas veces mientras caminaba: el corazón me dice que habreis mirado con ojos de piedad á una familia tan virtuosa como desgraciada, porque vos no abandonais al bueno aunque le enviéis dolorosas pruebas.

Lleno de fé en la justicia divina, llegué palpitando de gozo á los umbrales de la casa paterna. Era una tarde fría y nublada del mes de noviembre... aun pienso ver aquel crepúsculo lívido, aquella neblina húmeda y pegajosa. La tristeza del cielo no había tenido sin embargo la menor influencia en mi espíritu, hasta el momento en que me encontré bajo el dintel de aquella puerta que en otros tiempos jamás estuvo cerrada para el infeliz sin asilo. Entonces se me oprimió el corazón y un súbito temblor recorrió todos mis miembros. Me detengo, respiro, hago un esfuerzo y entro. ¡Anunziata! un cuerpo macilento y frío estaba tendido sobre unas pajas: era mi hermana! Una vieja pálida, flaca, medio desnuda, yacia de rodillas á su cabecera y pronunciaba bebiéndose las lágrimas las preces de los moribundos: era mi madre!

Detúvose nuevamente Espatolino: gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente y sus labios se agitaban convulsos.

—¡Acaba! le dijo Anunziata, pues mi corazón padece mucho.

—¿Y qué quieres que te diga, mujer que crees en Dios y respetas á los hombres? contestó el bandido. Mi padre estaba preso, porque cuando yo falté de su lado no tuvo que comer y contrajo deudas: sus acredores le oprimían, y como no tuvo con qué pagarles

robó!... Robó algunos paoli (1) á un rico que perdía cada noche al juego millares de lises de oro.

El mismo día en que llegué á mi casa, mi madre fué echada de ella porque debía los alquileres, y el dueño se había cansado de ser generoso. La pobre vieja suplicaba que la permitiesen estar algunas horas más.... hasta que muriese su hija! Sus ruegos fueron brutalmente desechados, y en aquel instante la moribunda se incorporó lentamente, abriendo sus grandes ojos que parecían de vidrio y gritó:—vamos, pues!—Aquella fué su última palabra: volvió á caer y ya no existía.

Mi madre y yo la acompañamos al cementerio en donde fué enterrada de limosna. Cuando salíamos de la parroquia con el cadáver, un gran número de coches y lacayos paraba delante de sus puertas. Tuvimos que huir para no ser estropeados, y un religioso que nos acompañaba dijo.—Es el bautizo del hijo primogenito del conde de *** cuya felicidad conyugal acaba de completarse con el nacimiento de su heredero.

Mi madre levantó los ojos al cielo y murmuró una bendición al recién nacido. Yo también como ella miré al cielo y le dirigí la voz; pero fué para preguntarle—¿dónde está tu justicia?

Mi madre, sin albergue en el mundo, se presentó en algunas casas en las que en otro tiempo era bien recibida: en ninguna encontró entonces un asilo. Yo que la acompañaba advertía que á mi aspecto todos parecían disgustados, y escuchaba apenas volvía la espalda repetir con desprecio:—es el presidiario.

Busqué por todas partes un acomodo, pero en ninguna era admitido. Aquella denominación odiosa me era aplicada sin cesar, y parecía llevar conmigo un signo de reprobación eterna. ¡El presidiario! decían mis antiguos amigos, y me volvían la espalda. ¡El presidiario! exclamaban los que habían sido mis maestros, y se alejaban de mí con horror.

Por espacio de tres meses mi pobre madre mendigó el pan de puerta en puerta, y en las crudas noches de diciembre y enero, dormía la infeliz en los pórticos de los templos ó en las ruinas de los teatros. Sufría tantas penalidades con imponderable resignación, pero muchas veces en mitad de la noche, cuando se adormecía á fuerza de fatiga, la oía articular débilmente:—tengo hambre: tengo frío!

Apretábala frenético entre mis brazos y si entonces se despertaba.—¡Bendito sea Dios! decía: ¡qué feliz soy en tenerte á mi lado! ¡duermo tan tranquila en tu seno! Descansa tú también, hijo mío; la noche está fresca, pero mañana tendremos un buen día.

—Un buen día! todos eran iguales para ella: pobre madre que no tenía un rincón donde morir en paz llorando á su hija! Su dolor como su miseria era un espectáculo público: los muchachos se paraban muchas veces para verla llorar, y el pudor de la desventura la obligaba á sofocar sus sollozos diciéndome:—es cosa triste padecer en las calles.

Al cabo de tres meses, hallándose ya muy enferma, conseguí que la admitiesen en el hospital de San Juan, y quince días después terminó la muerte sus padecimientos. Por una extraña coincidencia mi padre falleció el mismo día en su prisión, y vi enterrar su cadáver: pero no el de mi madre! Aquel casto cuerpo fué entregado á los cursantes en cirugía que hacen sus estudios en los muertos de los hospitales, y solo conseguí ver sus miembros despedazados y su corazón exprimido. Mi padre al menos descansó entero en su sepultura! Allí, sobre aquella tierra sagrada, allí pisando los restos del autor de mi vida, juzgué al cielo y á los hombres, y dije al uno: no te conozco! y á los otros: os detesto!

Algunos hombres desesperados se habían reunido y ejercían la profesión de ladrones en las cercanías de Roma. Supe donde se hallaban, los busqué, los ví, y me asocié á su suerte.

¿Ves esa sombra negra sobre la cual se pasean los relámpagos? Es la selva de Nettuno, trozo de naturaleza agreste y semi-salvaje, amada del rayo y favorecida por los huracanes. Allí les ví por la vez primera: así como ahora la tempestad bramaba agitan-

(1) El Paolo es una moneda romana de poco valor; entran diez en un escudo.

do el Océano, cuya tronante voz ensordecía á la selva: las encinas seculares doblaban sus ramas bajo las alas del viento, y el rayo que hería sus altivas cabezas reberveraba su fatídica luz en las lucientes hojas de veinte puñales, húmedos todavía de sangre. Allí, en aquella noche solemne y terrible, consagré mi existencia al genio de la venganza, y juré por los manes de mi familia guerra eterna á la humanidad.

Jamás me he arrepentido de aquel juramento; jamás te he quebrantado. Desde entonces soy el bandido, y mi nombre hace temblar al magnate dentro de los marmóreos muros de su palacio. Soy el bandido, sí! pero mi mano no ha vertido nunca la sangre del pobre ni la del inocente. El oro arrancado al poderoso ha apagado mas de una vez la sed y el hambre del indigente, y los delitos que dejó impunes la venal justicia de los tribunales han sido castigados por la mia inexorable.

He hecho la guerra noble y osadamente. De algunos hombres groseros ó ignorantes he formado soldados aguerridos. He sacado batallones disciplinados de la que era una desordenada cuadrilla de salteadores comunes. Nuestra escrupulosa ordenanza está fundada en la mas severa justicia, y garantiza su observancia el respeto que inspira mi nombre. Nuestra fuerza se ha ido aumentando rápida y considerablemente, á despecho de la Santa Sede y de sus asalariados suizos.

No hemos sido nunca del número de aquellos malhechores cobardes que huyen la luz del dia en sus inmundas guaridas. Nosotros hemos tremolado con arrogancia el estandarte de la rebelion, y nuestro grito de guerra ha saludado al sol á las puertas de las poblaciones.

Nápoles y Roma reunieron en balde sus esbirros y sus soldados: la astucia de los unos fué siempre burlada por la nuestra, y las armas de los otros se quebrantaron constantemente en nuestro valor indómito. Con fuerzas muy inferiores hemos sostenido la campaña repetidas veces, y la hemos visto terminar con gloria. Mis hazañas han sido admiradas por los mismos á quienes he derrotado; mi justicia es el espanto de los poderosos y la esperanza de los desvalidos; mi autoridad, largo tiempo acatada por las mismas de los pueblos, con quienes entraba en racionales convenios cuando necesitaba viveres ó dinero, existe sin mengua entre mis súbditos aun ahora que oprimen la tierra de Italia innumerables huestes del capitán invencible. Si; aun ahora conservo mi cetro de rey de las Selvas y, segundo Marco Sciarra (1), entono el himno de la independencia delante de los opresores de mi patria.

Me llaman feroz! es verdad. En cierto dia vi un hombre á mis pies pidiéndome la vida: ofrecia por su rescate enormes cantidades de oro, y mis compañeros juzgaron ventajosas sus proposiciones.—Atrás! les dije: ¡desgraciado de aquel que se atreva á pronunciar que este hombre debe vivir.—No queria yo su oro; el poco que tenia en el bolsillo me bastaba. Aquel oro derretido, hirviendo, debía ser un néctar delicioso para aquel monstruo de codicia, y se lo hice tragar lentamente. Su agonía fué larga y dolorosa... pero no tanto como la de mis padres! Aquel hombre era el ladrón de mi familia y de mi felicidad: era Sarti, esposo de Luigia!

En otra ocasion cayó en nuestras manos una pareja interesante: una mujer hermosa que viajaba con su marido.

Hice atar á este al tronco de un árbol, de espaldas para no robarle la vista de su adorada compañera.

—Amigos! dije despues á mis alegres camaradas: la mujer que teneis delante es una gran señora, bella y honesta, esposa querida de un marido celoso. Hoy

está libre y os la entrego. Que no haya desorden: echad suerte y sed dichosos todos sucesivamente.

Ella era una Lucrecia, pero se las habia con hombres que no eran mas escrupulosos que Tarquino. El marido bramando de cólera cerraba los ojos; pero no podia cerrar los oídos, y cerca de ellos estaba mi voz que le iba dando cuenta de lo que pasaba allí.

Cuando le devolví su mujer estaba la infeliz tan pálida y moribunda como Giulietta, el dia en que volvió deshonrada á la casa paterna.

—¡Dios, ilustre Carlos, poderoso conde ***, le dije entonces: os deseo un heredero de la sangre de mis valientes, en pago del honor que me dispensásteis dándome un sobrino de la vuestra.

—¡Monstruo! gritó Anunziata.

—La venganza es justicia, respondió con aterradora calma Espatolino. Escucha mujer: en esta vida de terribles emociones, entre hombres feroces y supersticiosos, que no hubiera logrado dominar con toda la superioridad de mi alma si no hubiese cuidado de inspirarles una elevada idea de mi devoción, separando para el altar de la Madonna lo mas precioso del botín; entre aquellos desalmados imbeciles que son valientes por fanatismo, y que no salen á robar sin colgarse al cuello un relicario bendito... entre ellos, repito, he alcanzado yo tambien una fe, una creencia que reemplace á todas las pérdidas. Creo en ellos! creo en esos bandidos que se han consagrado al crimen sin comprenderle siquiera, soportando con indiferencia la infamia y esperando con calma el patíbulo.

Proscritos del mundo, son mi familia y mi pueblo: emancipados de todas las leyes no reconocen otra que la de mi voluntad. Cuento siempre con ellos y tengo confianza en su lealtad; porque pueden aflorarse los mas estrechos lazos de la naturaleza y del corazón; pero cada dia se hace mas fuerte el que une á los hombres ligados por el crimen.

Calló Espatolino: Anunziata se habia desmayado. Bañaba un frío sudor sus desencajadas facciones, y su cabeza inclinada hácia la espalda dejaba ver un rostro tan blanco y tan inmóvil como si fuese de mármol.

De repente se estremeció toda y lanzando un grito profundo, penetrante é histérico, se incorporó con violencia repitiendo.

—El lazo del crimen!

El bandido intentó abrazarla: ella le rechazó convulsa y pronunció con lúgubre acento.—La muerte! la muerte para mi y para el hijo infortunado que llevo en mi seno!

A estas palabras, á esta revelacion inesperada, un incomprensible trastorno se verificó sin duda en el alma de aquel réprobo.

Iluminóse su grave fisonomía con la luz de sus grandes ojos, que adquirieron súbitamente una expresion sublime; estuvo algunos momentos mudo y estático bajo la impresion de un sentimiento nuevo y poderoso, y cayó por último á los pies de su esposa, inclinando con respeto su altiva frente.

—Soy madre! le dijo ella con patético ademán: no condenes á un infeliz que aun no ha nacido á la suerte cruel que me agobia. No abra jamas los ojos para ver un mundo que le desecharia, y donde por primer espectáculo habria de contemplar el suplicio de su padre. Tu has declarado la guerra á la sociedad y la sociedad te ha maldecido. Has blasfemado de Dios y Dios te ha abandonado. ¿Qué le darás á tu hijo si no tienes para él ni una religion ni una patria? Mátame, Espatolino, mátame por piedad!

—Matarte! respondió con voz trémula: á ti, que haces renacer la felicidad en un corazón aridido por el crimen y la desventura! A ti, cuya voz es omnipotente en mi alma; cuya hermosura me haria creer en la existencia de los ángeles!... Levántate, mujer! prosiguió bajando hasta las plantas de la jóven su soberbia cabeza: levántate y dispon de tu esclavo. Dictame tus leyes con ese acento augusto con que me has dicho *soy madre!*

—Abandona la vida horrible que llevas hace tantos años. Aun es tiempo! Dios te habla por mi boca! Su misericordia es sin limites... él te llama y te espera... para perdonarte.

—Y los hombres! los hombres! dijo con sorda voz el bandolero.

—Perdonarán tambien! respondió con exaltacion

su esposa. Yo alcanzaré el perdón: si! le alcanzaré porque me siento elocuente para pedir por el padre de mi hijo. Di una palabra, una sola palabra! Dime que estás arrepentido, que quieres reconciliarte con el cielo y con tus semejantes... dílo, y soy feliz!

—Sélo, pues, exclamó él levantándose y tirando lejos de si el primoroso puñal que nunca le abandonaba. El cielo ó el infierno, el crimen ó la virtud... dame lo que quieras; pero sé tu dichosa!

Anunziata se puso de rodillas é iba á dar gracias al Altísimo, cuando el sonido vibrante de una campana dió distintamente las doce. Estremeciése Espatolino y su varonil semblante trasparenteó, por decirlo así, una agonía inesplicable.

—¡Me esperan! murmuró por último con ahogado acento. La jóven se asió de sus rodillas gritando.—Yo te imploro!

—Confían en mi! repuso el bandido arrancándose los cabellos con una mano convulsa.—Yo no tengo en el mundo otro apoyo ni otra esperanza! añadió ella.—Volveré!—Hallarás mi cadáver!

Gruesas gotas de sudor resbalaban por las lívidas mejillas del bandolero, y la lucha atroz que entonces pasaba en su interior se retrataba con energía en sus miradas.

Anunziata no cesaba de exclamar—yo te imploro á nombre de tu hijo!—Bien! dijo por fin Espatolino, por él te juro abandonar esta carrera de sangre. Tengo oro, mucho oro... si él bastase á comprar mi perdón!... los hombres no me lo darian, estoy cierto; pero acaso le vendiesen. Yo le compraria á cualquier precio... Pero cómo? cuándo? aun no!... tengo otros deberes.

—No es deber el crimen! repuso ella.

—Lo es la lealtad, dijo el bandido.

Mis compañeros me esperan y aun les pertenezco.—Y á mi, y á mi!... gritó la jóven; pero no la escuchaba ya su amante. Habíase lanzado con violencia fuera del aposento, y la infeliz al verse sola y nuevamente abandonada, prorumpió en amarguísimo llanto.

Su flaqueza sin embargo no fué larga: una súbita inspiracion pareció iluminar sus abatidos ojos. Dió algunos pasos con agitacion, arrodillóse despues y oró en silencio por algunos minutos... luego se levantó con ademan resuelto y su rostro apareció tranquilo.

Lo haré! dijo: Dios me inspira y la santa Madonna me protegerá.

(Se continuará.)

G. G. DE AVELLANEDA.

Bellas Artes.

A pesar de la indolencia con que generalmente se miran las artes (cosa extraña en la patria de Velazquez y de Murillo) por las personas que debieran tender, no ya una mirada de proteccion, porque el genio no las necesita, sino una mano reconocida y generosa á nuestros artistas, la constante laboriosidad de estos, hace que el arte de Rafael dé señales de vida, sino con la frecuencia que nosotros quisiéramos con mas aun de la que permiten las circunstancias. Pero faltos de estímulo, porque la publicidad que dan á sus obras en las exposiciones, no les produce resultado alguno favorable, limitanse á trabajar á sus solas, sepultando en sus talleres el resultado de sus desvelos y de sus fatigas. Por eso nosotros, amantes sinceros de los adelantos artísticos, tenemos que visitar el estudio del pintor y el taller del escultor, si hemos de dar un testimonio de nuestra admiracion haciendo públicos sus trabajos, que las mas veces no tienen otra recompensa.

En una de esas visitas artísticas, que tan agradables impresiones nos proporcionan, hemos teni-

(1) Marco Sciarra ha sido el mas famoso y justamente célebre de todos los bandidos italianos. Inquietó por mucho tiempo al gobierno español, que dominaba en aquella parte de la Italia que fué teatro principal de sus inhumanas proezas. Sus talentos, su osadía, y las circunstancias favorables de la época en que vivió, le proporcionaron cierta importancia política, y auxiliado por los poderosos descontentos del gobierno, llegó á hacerse verdaderamente temible.

Su prestigio fué tan alto que la república Veneciana le brindó con el mando de su ejército, honor de que disfrutó poco tiempo, pues fué asesinado por uno de sus antiguos camaradas, llevando al sepulcro el renombre de invencible.

do ocasion de admirar la estatua de yeso que el distinguido escultor dou Sabino Medina, ha hecho del malogrado

DIEGO LEON.



El señor Medina ha tenido que valerse para este trabajo de diferentes retratos, y de las noticias que ha podido adquirir por los parientes del joven general, cuya muerte llenó de luto á todos los españoles, sin distincion de partidos políticos, y de sentimiento á los pueblos de Europa, que conocian los progresos de ese valiente guerrero, cuya lanza será siempre la admiracion de los siglos.

El dibujo es sumamente correcto, y en toda la figura se advierte una soltura y una limpieza admirables. Nosotros felicitamos al señor Medina por su obra, y creemos que los amantes del arte se apresuren á adquirir un ejemplar de esa estatua que tiene un doble valor por el personaje que representa.

BIOGRAFIA.

BERNADOTTE.

Poco mas de un mes hace que ha fallecido la última gloria de la república francesa, aludimos al general Bernadotte, rey de Suecia y de Noruega por muchos años bajo el nombre de Carlos XIV: digna es su memoria de que le consagremos algunas lineas en nuestro periódico.

Nació Bernadotte en Pau, donde ejercia su padre la profesion de abogado, el 26 de febrero de 1764. Poco inclinado á las tareas del foro y ofendido ademas de la marcada preferencia con que trataban sus padres á su hermano mayor, apenas tenia diez y siete años cuando se enaganchó voluntariamente en el regimiento real de marina, dirigiéndose al instante á Marsella desde donde se embarcó para la Córcega.

Aun no era mas que sargento primero cuando estalló la revolucion francesa. Obtuvo el grado de ayudante en 7 de febrero de 1790. Hallábase á la sazón su regimiento en Marsella donde se empezaba á sentir el resultado de los grandes acontecimientos de la capital de Francia.

Cierto dia se sublevó el pueblo en nombre de la libertad: el coronel de la marina real quiso reprimir la insurreccion por la fuerza. Rechazado con pérdida iba á pagar con su vida tan imprudente audacia, cuando lanzándose delante de él dos jóvenes le ofrecieron sus pechos por muralla y logran calmar á la irritada muchedumbre. Aquellos dos jóvenes eran Barbaroux y Bernadotte; se abrazaron con efusion en el peristilo de la casa de la ciudad jurándose amistad eterna; mas no debian volverse á ver nunca. Uno y otro habian abrazado con ardimiento la causa de la revolucion.

En 1792 era ya coronel Bernadotte: sirvió en el ejército del Rhin á las órdenes del general Custine y de Kleber; y allí se hizo notable por su facundia, su bravura y sus talentos militares. Rehusó un ascenso que le ofrecian, mas despues de la batalla de Fleurus, ocurrida el 26 de mayo de 1792 y á cuyo buen éxito habia contribuido poderosamente, le obligó Kleber á aceptar el grado de general de brigada. Nombrado á poco general de division tomó una parte activa y de suma importancia en las orillas del Rhin en las campañas de 1795, 1796, y 1797. Si alguna vez vacilaban sus soldados les alentaba con sus palabras y con su ejemplo. Un dia arrojó sus charreteras á las filas del enemigo: «Vamos á buscarlas!» gritó á los suyos, y cuantos le habian visto ú oído se lanzaron á la victoria. Se distinguió especialmente al paso del Rhin en Neuvied el 18 de abril de 1797. Al fin de esta campaña le escribia el Directorio en estos términos: «La república está acos-

tumbada á ver triunfar á aquellos de sus defensores que os obedecen.»

Poco despues de la batalla de Neuvied fué encargado Bernadotte de conducir al ejército de Italia 20000 hombres del ejército de Sambre y Mause, era la primera vez que se encontraba cara á cara con Bonaparte. Apenas se vieron se profesaron secreta y mutua antipatia. «Acabó de ver, dijo Bernadotte al volver á su cuartel general, á un hombre de 26 ó 27 años que se complace en aparentar, 50 y esto no me presagia nada bueno para la república.» Bonaparte dijo de Bernadotte que era una cabeza francesa sobre un corazon romano. Al principio no fraternizaron los soldados del ejército de Alemania con los del ejército de Italia, mas todos los rencores y rivalidades desaparecieron cuando se trató de batir al enemigo: entonces todos los corazones palpitaron de amor á la gloria y de odio al extranjero.

Durante la memorable campaña que produjo la paz de Campo Formio se distinguió Bernadotte sobremanera en el paso del Tagliamento y en la toma de la fortaleza de Gradisca. Pocos dias antes del golpe de estado del 18 de fructidor llegó á Paris con el encargo de presentar al Directorio las banderas tomadas al enemigo. Era asimismo portador de una carta del general en jefe del ejército de Italia, la cual concluia de este modo. «Teneis en el general Bernadotte á uno de los amigos mas decididos de la república incapaz de capitular ni por sus principios, ni por su carácter con los enemigos de la libertad.»



De todos los generales de los ejércitos republicanos que se encontraban en Paris, Bernadotte fué el único que se negó á representar un papel en la revolucion del 18 de fructidor. Dejando obrar á Augereau fue á reunirse con Bonaparte en Italia, cuyo ejército abandonaba á la sazón el general en jefe despues de haber firmado la paz en Campo Formio. Su mutua enemistad habia ido en aumento. Al salir Bonaparte de Milan no contento con quitarle á Bernadotte la mitad de las tropas que estaban á sus órdenes le mandó regresar á Francia con las restantes. Aprovechándose el Directorio de aquella rivalidad naciente se apresuró á nombrar á Bernadotte comandante en jefe del ejército de Italia, cuyo cargo desempeñaba Berthier en calidad de interino. Se dirigia á ocupar su puesto cuando con gran sorpresa suya recibió un nuevo decreto por el que se le nombraba embajador en Viena. Todo lo era entonces Bernadotte menos diplomático. Apenas se instaló en Viena se declaró enemigo del ministerio Thugut y se empeñó en una lucha en la que llevó la peor parte. Para enarbolar los colores nacionales eligió cabalmente el dia en que se celebraba en Viena el armamento de los que se habian alzado voluntariamente contra la Francia. Azuzada la plebe por Thugut echó abajo é hizo trizas la bandera tricolor: el embajador exigió una reparacion vano. El Directorio le llamó á Paris sin hacer suyo aquel agravio. Se ha dicho que Bonaparte hizo que Bernadotte fuese nombrado embajador en Viena para alejarle de Italia y con la esperanza de que rompería, merced á algun paso imprudente, una paz demasiado larga para la ambicion del futuro emperador de los franceses.

Mientras se preparaba la expedicion de Egipto, Ber-

nadotte, de vuelta en Paris, se casó con la cuñada de José Bonaparte, hija de un comerciante de Marsella. Singular destino el de esta joven nacida para ser emperatriz ó reina. Algunos años antes se la habia pedido á su padre Napoleon siendo general de artilleria á medio sueldo y sin empleo. Aun cuando su pasion era correspondida hubo de aguantar una negativa, por haberle contestado el padre que habia bastante con un Bonaparte en su familia.

No podia ser la paz de Campo Formio mas que una tregua de duracion bien corta, y así es que no tardó en estallar de nuevo la guerra. Despues del asesinato de los ministros franceses en Rastadt fué nombrado Bernadotte por el Directorio comandante en jefe del cuerpo de observacion que se extendia desde Bale á Dusseldorf. Ningun lance comprometido tuvo lugar por esta época en aquella larga linea y en su consecuencia allí eran inútiles sus talentos militares. Cuando de resultas de la revolucion del 18 de junio de 1799 reemplazaron Gohier, Roger Ducos y Moulins á los directores Treillard, Laveveillere, Lepaux y Merlin, el nuevo Directorio nombró á Bernadotte ministro de la guerra. Desgraciadamente no ejerció largo tiempo estas funciones pues á los dos meses y medio le derribó una intriga. Sieyes que no amaba á los republicanos ni podia hacerle adoptar sus proyectos de constitucion le hizo manifestar en una conferencia sus deseos de volver al servicio activo luego que terminara su mision reorganizadora. A la mañana siguiente se le comunicó á Bernadotte una resolucion tomada en secreto por tres directores y concebida en estos términos: «Queda aceptada la dimision que hace el ciudadano general Bernadotte de sus funciones de ministro de la guerra.» A la que contestó

Bernadotte. «Recibo en este instante, señores directores, vuestro decreto de ayer por el cual aceptáis una dimisión que no he presentado. Y concluía la carta pidiendo su retiro, «del cual, decía, tengo tanta necesidad como de descanso.»

Un mes después de la destitución de Bernadotte se consumó la revolución del 18 de brumario. Bernadotte manifestó por un instante su intento de defender la Constitución del año III; pero mientras arengaba a algunos republicanos, Bonaparte obraba y se hacia nombrar primer cónsul. Aceptó Bernadotte el empleo de consejero de Estado, y se encargó de pacificar el Oeste y de impedir que los ingleses desembarcasen en Quiberon; mas no se hallaba identificado con el nuevo orden de cosas. Parece indudable que Bernadotte conspiró por derribar al primer cónsul, y aun procuró atraerse en diversas ocasiones a Moreau, siempre indeciso, siempre débil, siempre descontento, y por consecuencia siempre comprometido. Afirmase que en un baile en casa de Moreau, después de inútiles tentativas, le dijo Bernadotte: «No os atrevéis a abrazar la causa de la libertad; pues tened entendido que Bonaparte se burlará de la libertad y de vos: perecerá la libertad a pesar de nuestros esfuerzos, y os vereis envuelto en su ruina sin haber combatido.» Bernadotte fué entonces buen profeta: algunos meses después marchaba Moreau a su destierro. Bernadotte se retiraba de los negocios públicos, llegando a ser mariscal y príncipe sueco: once años más tarde se encontraban ambos en las conferencias de Trachenberg alistados bajo la misma bandera.

Bonaparte emperador perdonó a Bernadotte las conspiraciones en que se había mezclado contra el primer cónsul, y en 1804 le nombró mariscal del imperio; mas deseando alejarle de Francia le confió el mando en jefe del ejército de Hannover. Habiéndose reunido a los bávaros contra el Austria en 1805, fué creado príncipe de Ponte-Corvo después de la batalla de Austerlitz, en la que tuvo la dicha de romper el centro del ejército enemigo. El 9 de octubre del mismo año deshizo en Schleitz a un cuerpo de tropas de 10,000 prusianos: al día siguiente triunfaba con Lannes en el combate de Suafeld, donde pereció el príncipe Luis de Prusia.

Le acusa alguno de sus biógrafos de haber abandonado vilmente a Davoust mientras Napoleón batía a Hohenlohe en Jena, si bien en dictamen del mismo lo enmendó todo apoderándose de Hall. Tomó en seguida por asalto a Lubeck, importante victoria a que siguió la capitulación de Magdeburgo. De Lubeck se dirigió al Vístula, y penetró en Polonia: por medio de una combinación atrevida salvó cerca de Thorn el cuartel general del emperador y del mariscal Ney: alcanzó una nueva victoria en Braumberg, y recibió una herida grave en la cabeza rechazando en Spandau a dos columnas del ejército ruso.

Al hacerse la paz en Tilsitt confió Napoleón al príncipe de Ponte-Corvo el gobierno de las ciudades anseáticas. Esta época de su vida, según uno de sus biógrafos, es la más honorífica: su prudente administración, propia para reparar los males de la guerra, su moderación, su humanidad, su justicia, su pureza, inspiraron a los pueblos que estaban bajo su mando, y especialmente a los habitantes de Hamburgo, la más alta estima hacia su persona, y no tardó en merecer su ilimitada confianza y en recibir el premio más halagüeño con que los hombres pueden honrar a sus semejantes. Se disponía Bernadotte a invadir la Suecia para reducir a la razón al monarca Gustavo IV, que ciego y desatentado quería él solo sostener en medio de la paz general la guerra contra Francia: le depusieron al fin los suecos, aclamando en su lugar a su tío el duque de Sudermania con el nombre de Carlos XIII. Esto tuvo lugar el 10 de mayo de 1809: al saberlo el príncipe de Ponte-Corvo suspendió las hostilidades. Lo censuró Bonaparte, mas Suecia conservó siempre en la memoria su moderación extremada. La conducta que había observado anteriormente con un cuerpo de tropas, que separado del ejército sueco cayó prisionero el 6 de noviembre de 1806, hizo popular su nombre en aquel país del cual iba a ser soberano muy en breve.

Bernadotte batía a los austriacos en el puente de Linz el 17 de mayo de 1809: mandaba el 6 de julio el ala izquierda del ejército francés en la batalla de Wagram. Sus panegiristas aseguran que su conducta fue intachable: Napoleón afirma que no hizo sino cometer faltas. Sin condenarle nosotros ni absolverle, nos limitaremos a enunciar que mereció severa censura por haberse permitido contra todos los usos, dirigir una proclama particular después de la victoria al cuerpo de tropas que tenía a sus órdenes, en la cual alteró con sus palabras la evidencia de los hechos: «Vuestras columnas vivas, dijo, han permanecido inmóviles cual si fueran de bronce» y es lo cierto que el enemigo había roto por medio de las tropas sajonas que mandaba. Desde entonces la enemistad secreta que había separado a Napoleón y a Bernadotte estalló abiertamente. Volvió a París el Príncipe de Ponte-Corvo y el consejo de gobierno le envió a Amberes para contener y rechazar a los ingleses

que habían desembarcado en Walcheren; mas Napoleón le destituyó a poco de aquel nuevo mando, desterrándole a su principado. A pesar de esta orden terminante, vivía Bernadotte en París en el seno de su familia cuando dos oficiales suecos vinieron a anunciarle que la nación sueca por la voz de sus representantes, reunidos en dieta solemne en Orebro el 18 de agosto de 1810 le llamaba a la sucesión del monarca reinante Carlos XIII.

Se apresuró el príncipe de Ponte-Corvo a aceptar con alborozo y con gratitud la corona que le ofrecían y que era para él de tanto más precio cuanto que la debía solo a sus talentos y a sus virtudes. Quiso obtener la autorización del emperador antes de tomar una resolución decisiva. «Elegido del pueblo, contestó Bonaparte, mal puedo oponerme a la elección de los demás pueblos.» Aun después de esta respuesta retardaba Napoleón el envío de las cartas de emancipación. Tuvo lugar la última entrevista entre los dos enemigos. La discusión fue tempestuosa. «¡Id pues, exclamó al fin Napoleón, y cúmplanse nuestros destinos!» En indemnización del principado de Ponte-Corvo y de sus dotaciones en Polonia, recibió Bernadotte la promesa del pago de tres millones de francos; mas en realidad no percibió sino la tercera parte de esta suma.

Cumplióse en efecto sus destinos. Napoleón murió en la roca de santa Elena y Bernadotte ha concluido aun no hace dos meses un reinado feliz de 26 años. Cuando desterrado el emperador dictaba sus memorias a su fiel amigo el conde de las Casas, se explicó en estos términos al hablar del rey de Suecia.

«Bernadotte ha sido la serpiente que hemos alimentado en nuestro seno. Apenas nos abandonara se inició en el sistema de nuestros adversarios y hubimos de vigilarle y de temerle. Después fué una de las grandes causas activas de nuestras desgracias: él fué quien facilitó a nuestros enemigos la llave de nuestra política, la táctica de nuestros ejércitos: él fué quien les mostró el camino del suelo sagrado. En vano alegaría por excusa que al aceptar el trono de Suecia no ha debido ser sino sueco: excusa valedera cuando mas para el vulgo de ambiciosos. Quien acepta esposa no desconoce por eso a su madre y menos hasta el punto de hundirle un puñal en su seno y de desgarrarle las entrañas. Se dice que se arrepintió luego, cuando ya no había remedio y estaba el mal consumado. No cabe duda en que hallándose en medio de nosotros se aperebió de que la opinión hacia justicia, y se sintió herido de muerte. Entonces cayó la venda de sus ojos, pues en su ceguera no es posible saber hasta dónde le remontaron en sus ensueños su presunción y su orgullo.

«Y un francés ha sido dueño de los destinos del mundo! Si hubiera tenido su cálculo y su alma a la altura de su posición, si hubiera sido buen sueco como lo ha pretendido, podía haber restablecido el lustre de su nueva patria, recobrar a Finlandia y estar sobre San Petersburgo antes de que yo hubiese llegado a Moscú. Mas cedió a resentimientos personales, a una necia vanidad, a pasiones mezquinas: se le trastornó la cabeza al antiguo jacobino, viéndose buscado é incensado por la legitimidad, y hallándose en relaciones de política y de amistad con todo un emperador de Rusia que no le escatimaba ningún agasajo. Hasta se asegura que se le insinuó como podía pretender a una hermana del autócrata divorciándose de su esposa. Además un príncipe francés le escribía manifestándole que se complacía en ver que el Bearn era cuna de sus dos casas ¡Bernadotte! ¡su casa!

«En su embriaguez sacrificó a su nueva patria y a la antigua; sacrificó su pobre gloria, su verdadero poderío, la causa de los pueblos y la suerte del mundo. Esa es una falta que pagará a bien caro precio. Apenas salió airoso en lo que de él se exigía pudo comenzar a sentirlo. Dicen que ya se ha arrepentido, mas todavía no lo ha expiado. Ahora él es el único advenedizo que ocupa un trono. Semejante escándalo no debe quedar impune pues sería un peligroso ejemplo.»

A estas terribles acusaciones de Bonaparte han respondido los panegiristas de Bernadotte que aquel se había mostrado injusto y severo contra Suecia y que el príncipe real debía vengar los ultrajes hechos a su nueva patria. Mas los malos manejos de M. Alquier, embajador de Francia, las exigencias censurables de Napoleón, y la imprudente ocupación de la Pomerania por las tropas francesas, no les parecen a algunos justificaciones suficientes y deducen que en buena política y en sana moral aparece Bernadotte culpable, fundándose en que el interés bien entendido de la Suecia no le aconsejaba unirse con la Rusia, y que su honor no le consentía pelear contra Francia que le inspiró siempre hermosas frases. Conviene no olvidar de todos modos que Bernadotte, general republicano, unido a los aliados, impidió a los franceses la toma de Berlín, les hizo perder la batalla de Leipsik, y en las conferencias de Trachenberg se mostró el enemigo más peligroso de Francia. Había perseguido hasta el Rhin a sus antiguos compañeros de armas. Se detuvo un instante a las orillas de aquel río que le brindaba tan gloriosos recuerdos: lo cruzó

al fin; y en 1814, después de la abdicación de Napoleón, entró en París con los soberanos aliados. La acogida que allí se le hizo le determinó a regresar al punto a su nueva patria. Sus futuros súbditos le recibieron con los mas vivos trasportes de alborozo y le condujeron en triunfo a su palacio. ¿Cuál de estas dos diversas acogidas hizo más honda impresión en su alma?

Según dice el maestro del príncipe Oscar en un compendio de la historia de Suecia que acaba de ver la luz pública experimentó Bernadotte indecibles sinsabores cuando se vio en la necesidad de esgrimir las armas contra su antigua patria: lucharon en su alma sus antiguas afecciones con sus recientes deberes, y este penoso combate le ocasionó una enfermedad peligrosa durante la cual se le oyó invocar la muerte y se le vio rehusar una y muchas veces las medicinas que se le presentaban.

Cuando el príncipe real supo la noticia del desembarco de Napoleón en Cannes le dijo a su primogénito: «Ya ves, Oscar, en lo que vienen a parar las glorias militares, y eso que desde Cesar no ha existido un hombre como ese sobre la tierra.» Durante los cien días ocupados Bernadotte en unir sólidamente la Suecia y la Noruega, separadas hasta entonces, se negó a mezclarse en los asuntos interiores de Francia. «Hacer la guerra a una nación contra la que no tenemos ningún agravio, escribía al representante de Suecia en el congreso de Viena, sería renunciar a las ventajas del sistema que nos prescriben a la vez nuestra posición geográfica, nuestras relaciones comerciales y nuestra organización política. Ahora solo se trata de que vuelvan las cosas al ser y estado que tenían después del tratado de París que puso fin a la coalición y ha terminado la guerra entre Francia y Suecia.»

El 5 de febrero de 1818 murió el rey Carlos XIII, y Bernadotte fué proclamado sin oposición rey de Suecia y de Noruega con el nombre de Carlos XIV. Firmó en presencia del consejo de Estado el acta de seguridad y de garantía que la Constitución exige: luego se hizo coronar rey el 11 de mayo en Stockolmo y en Drontheim el 7 de setiembre. En la consagración celebrada en Stockolmo hubo una circunstancia digna de notarse por lo patética é ingeniosa. En cada una de las gradas que conducían a un elevado trono, donde el nuevo soberano debía recibir el homenaje y juramento de obediencia de los Estados y de los funcionarios públicos, se leían en varios medallones los nombres de sus principales victorias, como indicios de que aquellos eran los títulos de su grandeza y los escalones que le habían conducido al trono.

En los anales de la Suecia figurará el reinado de Carlos XIV como uno de los más dichosos: si se exceptúan las continuas dificultades que se suscitan con los naturales de Noruega, pueblo rudo, receloso y gobernado por una constitución distinta de la de Suecia, y cuya asamblea nacional se ponía a veces en oposición con las ideas y los planes de Carlos XIV, ninguna otra tempestad ha turbado su vida de monarca, y ha fallecido siendo el más popular y el decano de todos los reyes de Europa. Sobre ese trono ganado en el gran juego del destino, desplegó cualidades más brillantes de las que podían esperarse de un soldado. Bajo sus auspicios ha visto la Suecia nacer, prosperar y florecer la agricultura, sacado de una languidez mortal el comercio, restaurado el crédito público, vuelta a la vida la agonizante industria. En muchos puntos de su reino se ha dado cima a numerosos trabajos de utilidad pública; un ancho camino abierto a través de los Alpes Scandinavos ha unido físicamente a Suecia y a Noruega, y el inmenso canal que une el mar Báltico al mar del Norte, gigantesca empresa hoy llevada a feliz remate, quedará como un monumento imperecedero de las elevadas ideas de Carlos XIV. Menor ha sido el progreso de la Suecia bajo el aspecto intelectual y político. No obstante, aunque imbuido Carlos XIV en materias de gobierno en los principios de la escuela imperial, no ha sido el hombre menos liberal de su reino. Varias veces ha tomado la iniciativa en innovaciones generosas.

A su afición por las alocuciones que databa desde el año II de la república se agregó, siendo ya monarca, su afición a la guerra de los periódicos, y no pudiendo servirse de su espada, se ha batido con su pluma contra los periódicos de la oposición. Esta ha sido más viva cada año. Se le tacha especialmente a Bernadotte de haber tenido mucho apego al poder absoluto y de conformarse con estricta exactitud con las más absurdas fórmulas de la etiqueta. El heredero presunto, el príncipe Oscar, ha sido, según costumbre, jefe de la oposición, con cuyo motivo se refiere una curiosa anécdota. Hace dos años que Carlos XIV hubo de advertir que su hijo representaba su papel con perfección extremada, y no atreviéndose a censurarle a las claras, recomendó a todos los ministros del culto que predicasen en las iglesias sobre el mandamiento de la ley de Dios relativo a la veneración y respeto que deben los hijos a los padres.

Bernadotte cayó gravemente enfermo el 26 de enero último; día en que cumplía 80 años: entre continuos padecimientos se prolongó su existencia hasta el ocho de marzo, en que exhaló el postrer aliento. Su hijo Oscar va á cumplir en Julio 45 años; su nieto el duque de Scania tiene á la sazón diez y ocho. — A. F.

Revista de la Quincena.

Al terminar el señor D. ENRIQUE GIL su artículo de *Revista* en el número II de este periódico, indicó que aquel sería el último que habría de escribir. Para los lectores habituales del LABERINTO ha debido de ser esta una desagradable nueva, como lo es para toda la redacción que tanto se honraba con la colaboración del señor Gil. Sus cualidades personales le han granjeado infinitos amigos, sus talentos literarios y buen juicio crítico, muchos apasionados: en el número de unos y otros tenemos el gusto de contarnos: así que, no extrañará el lector que dediquemos estas primeras líneas de nuestra *Revista quincenal* de hoy á tributar este homenaje de aprecio á un escritor que tan bien ha merecido del público, como de sus compañeros de tareas periodísticas. El que este artículo suscribe se complace en ser para tal objeto órgano de la redacción entera, y si no añade á estas breves frases de despedida y afecto mayor número de pomposos elogios, es porque el buen nombre del señor Gil dice más que todos los panegíricos, y su reputación está harto bien sentada y extendida, para que sea necesario incurrir respecto de él en la ridícula manía, hoy de moda, de exagerar las alabanzas con empalagosas hiperboles. Hallándose las letras manejadas, y los periódicos escritos por un corto número de personas, que diariamente tienen entre sí roce y trato frecuente, unas veces por verdadero afecto, otras por cortesía, y otras por costumbre, ninguno de ellos osa nombrar á otro sin acompañar su nombre de la escolta de mil pomposos epítetos, tales como *ilustre literato, inimitable poeta, eminentísimo crítico, apreciablesísimo joven, etc., etc., etc.*, ponderaciones, que, sobre ser cansadas, y á todo el mundo con igual profusión distribuidas, hacen muy sospechosa la sinceridad, ó la imparcialidad al menos del panegirista.

Concluimos diciendo que si el señor Gil cesa de escribir en nuestro periódico la sección que le estaba destinada, es porque se ausenta á un viaje por el extranjero de que no podrá menos de reportar el público mismo grande utilidad. Los buenos ingenios ganan mucho viajando, y nuestro amigo está justamente en aquella edad, y en aquel estado de conocimientos, mas propios para hacer que fructifique su atenta y juiciosa observación; de manera que, sin temor de engañarnos, podemos asegurar nuevas y mas complidas glorias á las futuras producciones de su pluma.

Quédale al que suscribe el temor de no poder sustituir dignamente al que se ausenta; mas tampoco se atreve á insistir mucho en este punto, lo primero porque harto pronto lo han de echar de ver los lectores, lo segundo porque la afectación de modestia es entre todos los conocidos el mas fastidioso linaje de hipocresía.

Las novedades de estos quince días, es decir las novedades de interés, están únicamente reducidas á la apertura de los teatros en la nueva temporada cómica.

Acerca de la organización de las compañías nada queremos decir. Siguen siendo pobrísimas, y esta es una de las causas de la decadencia de nuestros teatros. El buen éxito de algunas funciones y los elogios que de ellas haremos, no podrán menos de ser meramente relativos. Diez, doce, quince, veinte actores de nota y verdadero mérito en una compañía como la que se ha formado para servir mancomunadamente los teatros de la *Cruz* y el *Príncipe*, es imposible que basten al cabal desempeño de las piezas que se han de poner en escena. Resulta de aquí, que cada actor no trabaja solamente en los papeles mas análogos á su carácter, estudios, talentos, disposiciones y figura como debería suceder, sino que tiene que abarcarlo todo y malgastar sus fuerzas en los géneros mas opuestos y aun á veces contradictorios. Los demás que las completan son demasiado subalternos, y en general tan escasamente recompensados y tan poco celosos por el arte, que su cooperación es casi siempre floja y descuidada. Por eso carecen nuestras funciones teatrales casi siempre de aquella perfección en el conjunto que sería tanto de desear, y menos difícil de conseguir de lo que muchos piensan. Resulta las mas veces de la ejecución de nuestros dramas un cuadro en que las figuras principales son de mano maestra, y el fondo y los accesorios aparecen pintados por un pintor de brocha gorda.

No está el remedio en nuestras manos ni le han de producir todos los artículos de crítica que se escribieren; por eso lo dejaremos aquí, sin perjuicio de apuntar estas y otras observaciones semejantes cuando la oportunidad lo exigiere.

En el *Circo* se ha formado una compañía especial para las representaciones de verso que adolece del mismo inevitable defecto. A la cabeza de ella se encuentran actores muy conocidos y ya estimados del público madrileño.

Hablemos en fin de las funciones tomando el hilo de nuestra última *Revista*.

CRUZ.

DON JUAN TENORIO.

Drama religioso-fantástico en dos partes y en verso por D. J. Zorrilla.

Dos cosas hay que no entendemos en este título con que se ha impreso la nueva producción del segundo ZORRILLA. La primera es la división en dos partes. La verdad es que los cuatro primeros actos pasan en una sola noche, y los tres restantes cinco años después y en otra noche, pero todos siete pertenecen á una sola acción única é indivisible, como lo prueba el que la primera no queda completamente terminada, y el que ni la una ni la otra pueden ser representadas separadamente. No hay pues división natural entre los dos grupos de actos, ni estos es lo que comunmente se acostumbra á llamar *partes* en las composiciones dramáticas. Se dice, pues, sin exactitud del *D. Juan Tenorio*, lo que se ha dicho del *Zapatero y el Rey*, de *Miguel y Cristina*, etc. En estas, como en algunas obras de nuestros autores antiguos, hay dos dramas completos que se refieren á un mismo asunto.

La calificación de *religioso* no nos parece tampoco exacta; las razones que se aleguen para justificarla habrán de ser un poco violentas, y con otras de igual naturaleza se podría autorizar el título de *drama moral*, *drama filosófico*, etc.

Hechos de paso estos reparos de poca importancia, diremos con la brevedad á que nos obliga la escasez del tiempo y espacio, nuestro parecer sobre el mérito literario é intención del drama.

No atinamos qué objeto se habrá propuesto el señor Zorrilla al elegir un asunto tratado por otras plumas con vario suceso. El personaje del *burlador de Sevilla*, á semejanza del héroe manchego, ha venido ya á retratarse de tal manera en la mente del público, es un carácter tan extraordinario y excepcional, que se corre gran riesgo en tratar de alterarla lo mas mínimo, aun cuando sea con el necesario acierto. Tal vez de aquí procede especialmente que el drama del señor Zorrilla fuese recibido con mas frialdad de lo que á nuestro entender merecían las grandes cualidades que indudablemente tiene. La primera de ellas es la versificación. No es novedad que el señor Zorrilla haga buenos versos, no lo es que tenga pensamientos, giro y entonación verdaderamente poéticos, y de ello dan testimonio sus obras todas líricas y dramáticas.—Raya en este punto tan alto, que cualquiera puede contentarse con igualarle, y casi todos deben perder la esperanza de aventajarle.—Lo nuevo en este drama es la escasez de aquellas incorrecciones que suelen abundar en las obras de este ingenio. Y sin embargo, es tan natural y fácil el diálogo, que por ninguna parte se echa de ver la huella de la lima. Está por de contado escrito en variedad de metros, pero llega hasta el abuso esta variedad, cuando por hacer sin duda alarde de su destreza de versificador, introduce el autor, con mucho perjuicio del diálogo, la séptima real que otros llaman ovillejo; metro el de peor gusto que ha podido inventarse, y que si puede soportarse acaso en composiciones ligeras y festivas, siempre han de parecer mal en la escena. Dado el propósito, y prescindiendo de lo desahortado de la elección, el señor Zorrilla lo lleva á cabo con bastante maestría: pero aun esta á nuestro entender, no es disculpa legítima.—Para mayor conocimiento del lector, y porque sospechamos que la mayor parte del auditorio se ha quedado á oscuras de tal metrificación, insertamos aquí algunas muestras: En la escena XI del 2.º acto, don Juan habla con la criada Lucía á una ventana, y para persuadirla á que le abra la puerta le ofrece un bolsillo lleno de oro: el diálogo prosigue de este modo:

LUCIA. ¡Oh! si es quien me dora el pico...
D. JUAN. Muy rico. (*Interrumpiéndola.*)
LUCIA. ¿Sí? ¿qué nombre usa el galán?
D. JUAN. Don Juan.
LUCIA. ¿Sin apellido notorio?
D. JUAN. Tenorio.
LUCIA. ¡Animas del purgatorio!
¿Vos don Juan?

D. JUAN. ¿Qué te amedrenta,
si á tus ojos se presenta
muy rico don Juan Tenorio?
LUCIA. Rechina la cerradura.
D. JUAN. Se asegura.
LUCIA. ¿Y á mi quién? ¡Por Belcebú!
D. JUAN. Tú.
LUCIA. ¿Y qué me abrirá el camino?
D. JUAN. Buen tino.
LUCIA. ¡Bah! ir en brazos del destino...
D. JUAN. Dobra el oro.
LUCIA. Me acomodo.
D. JUAN. Pues mira como de todo
se asegura tu buen tino.
LUCIA. Dadme algun tiempo, pardiez.
D. JUAN. A las diez.
LUCIA. ¿Dónde os busco, ó vos á mi?
D. JUAN. Aquí.
LUCIA. ¿Con que estareis puntual, eh?
D. JUAN. Estaré.
LUCIA. Pues yo una llave os traeré.
D. JUAN. Y yo otra igual cantidad.
LUCIA. No me falteis.
D. JUAN. No, en verdad;
á las diez aquí estaré.

Mejor y con mas fortuna camina el genio poético del autor cuando sin faltar á la naturalidad ni pecar contra el buen gusto, pone en boca de los interlocutores en bellísimos versos la expresión de los mas vivos afectos. Citemos por segunda y última vez, y sin elección, porque el drama convida á insertarle todo. Don Juan que ha sacado del convento á Doña Inés la enamora así en la escena III del acto 4.º

¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor,
que en esta apartada orilla
mas pura la luna brilla
y se respira mejor?
Esta aura que vaga llena
de los sencillos olores
de las campesinas flores
que brota esa orilla amena;
esa agua limpia y serena
que atraviesa sin temor
la barca del pescador
que espera cantando al día,
¿no es cierto, paloma mía,
que están respirando amor?
Esa armonía que el viento
recoge entre esos millares
de floridos olivares,
que agita con manso aliento;
ese dulcísimo acento
con que trina el ruiseñor
de sus copas morador
llamando al cercano día,
¿no es verdad, gacela mía,
que están respirando amor?
Y estas palabras que están
filtrando insensiblemente
tu corazón ya pendiente
de los labios de don Juan,
y cuyas ideas van
inflamando en su interior
un fuego germinador
no encendido todavía,
¿no es verdad, estrella mía,
que están respirando amor?
Y esas dos líquidas perlas
que se desprenden tranquilas
de tus radiantes pupilas
conviviéndome á beberlas
evaporarse á no verlas
de sí mismas al calor,
y ese encendido color
que en tu semblante no había,
¿no es verdad, hermosa mía,
que están respirando amor?
¡Oh! sí, bellísima Inés,
espejo y luz de mis ojos;
escuécharme sin ojos,
como lo haces, amor es:
aura aquí á tus plantas pues,
todo el altivo rigor
de este corazón traidor
que rendirse no creía
adorando, vida mía,
la esclavitud de tu amor.

Ademas del mérito de la versificación tiene este drama en nuestro sentir el de la disposición de muchas escenas que son de grandísimo efecto. En este sentido elogiaremos el 1.º y 4.º actos, aunque en este último está á nuestro entender muy mal motivada la muerte de don

Gonzalo y su asesinato rebaja mucho el carácter del protagonista como ya antes lo había hecho la alevosa prision de D. Luis Mejía. — No podemos dar iguales alabanzas al desenlace y final del drama convertido en un juego de linterna mágica con la aparición de tanto difunto, y prolongado mucho más de lo justo hasta tocar con aquella superabundancia de transformaciones en los excesos de las comedias de magia hechas para divertir al vulgo de los días de carnaval. Es verdad también que la maquinaria, decoración y disposición de la escena es de lo más infeliz que buenamente imaginarse puede. En este punto se hallan nuestros teatros no solamente a la cola de todos los del mundo, sino en visible decadencia. — La gloria que aparece al morir D. Juan Tenorio y en donde se ve su alma y la de doña Inés en forma de dos llamas de candil, haría soltar la carcajada al público del teatro francés de Argel.

Si nos fuera posible hoy detenernos a analizar tan cumplidamente como merece este drama, fundaríamos nuestra opinión para algunos otros elogios como para alguna otra censura: entre las de esta clase pondríamos la de la extraña facilidad con que don Juan se convierte y convertido se salva. En lo primero no creemos que se haya observado la gradación conveniente; en cuanto a lo segundo, nos parece, que no siendo posible presentar y hacer palpables en el teatro los instantáneos efectos que la divina gracia puede obrar en el corazón del pecador más protervo, aquella balumba de espantosos crímenes pedía un resultado menos favorable al héroe con quien el Sr. Zorrilla ha andado en verdad sobradamente caritativo.

Para hablar de la ejecución diremos que el señor Latorre nos pareció ajustado enteramente a la intención del poeta, de manera que cierta desigualdad que en el desempeño de su papel se advierte procede más bien de la inconsecuencia del personaje mismo. Hay grande naturalidad en todos sus modales, y los ademanes son los que convienen en todas las situaciones del drama a un hombre noble, altivo, liberal, arrojado, audaz, emprendedor y dominado por el deseo de satisfacer desenfrenadamente el ímpetu de sus pasiones. Distinguese el estudio del señor Latorre en ciertos pormenores que completan la ilusión, y producen aquella no explicada complacencia en el ánimo del espectador. Sirva de ejemplo la 1.ª escena. El actor está sentado, habla, escribe, da la carta a su criado, razona con el hostelero y le significa sus órdenes con el mismo aire, tono y ademán que parece que había de hacer todas aquellas cosas el mismo D. Juan Tenorio: aun sin la parte del diálogo dedicada a la exposición se bosqueja ya el carácter del personaje en la mímica del actor, parte la más difícil de su arte, pues que ni en la actitud, ni en los movimientos, ni en la palabra ni en el gesto ha de haber la menor contradicción ni disparidad. Está hecha también con mucha naturalidad y gracia la narración de sus aventuras cuando la verificación de la apuesta, y aquí compitió dignamente el señor Lumbreras, el cual ganará mucho si da mayor soltura y elegancia a sus modales y hace algunos estudios sobre su voz. La del señor Latorre tiene puntos ingratos, pero en este drama más que en otras ocasiones hemos hallado que acertaba a darles modificación oportuna: así, por ejemplo, la entonación con que recita los preinsertos versos en su amoroso coloquio con doña Inés, sin dejar de mostrar la violencia natural a un hombre de aquel temple, es dulce y tiernamente apasionada.

Sentiríamos irritar las cenizas de don Gonzalo, sobre todo siendo este señor un muerto que así se infiltra en los aposentos de los que le provocan, diciendo que la monotonía y harto pausado compás de su modo de decir oscurece otras buenas dotes. A la señora Lamadrid no quisiéramos acusar de defectos de que no tiene la culpa, tales como la poca conveniencia de su edad y figura con el papel que se le ha encomendado; y prueba de que le desempeñó bien cuando no quedó en manera alguna deslucido. En cuanto a la dueña, por fuerza ha sido dueña si dueñas se usan todavía en alguna parte. En nuestro juicio hubiera sido aplaudida si el público atendiese más a los actores de lo que suele: ordinariamente el auditorio piensa más en seguir el hilo de la acción y dejarse llevar de las emociones que le produce, que en comparar el papel escrito con el ejecutado, ni la imitación con la naturaleza que se pretende imitar. Por eso muchas palmadas que el actor se aplica son debidas de justicia al poeta, y por eso los papeles odiosos suelen recibir menos aplausos de los que debieran

LUIS XI.

Otra novedad importante.

El *Circo* tiene compañía de verso: el *Circo* presenta un drama de los más difíciles de la moderna escuela, y el papel de protagonista está encargado ¿a quién? a don

José Valero, actor muy conocido del público de Madrid, pero en personajes de muy distinto género. Mala es esta necesidad en nuestra opinión como hemos dicho al principio, pero una vez supuesta, fuimos a ver al señor Valero sin prevención alguna en contra suya. Hemos visto crear muchos papeles a este excelente actor, y entenderlos todos bien, generalmente, cualquiera que haya sido su importancia; teníamos, pues, la confianza de que habría dirigido bien sus estudios, si había querido estudiar. — Recalcamos esta frase porque es entre nosotros común desgracia la de encomendarlo todo al talento y luces naturales, nada al estudio; ó a lo menos no tener en este estudio aquella intensidad, aquella profundidad, aquel ardor, en una palabra, aquel trabajo y sudor de la frente, sin el cual Dios tiene decretado que el hombre no logre jamás el fruto de sus esfuerzos. Por eso es España el país donde más abundan los buenos talentos, y donde en todo reina sin embargo una dolorosa mediocidad. Con esta idea llegamos a ver al señor Valero, y fue grande nuestra complacencia al ver la perfección con que desempeña el difícilísimo personaje. Su gesticulación es excelente: el orgullo de aquel doliente misero y fanático, la disimulación y falacia de aquella astuta vulpeja, la crueldad sanguinaria de aquella mómia despótica, todo está grandemente caracterizado. Los ojos miran con suspicacia, escudriñan con penetración, y muestran su traición veneno en la afectada dulzura. La voz del tirano cadavérico saca agrios tonos al querer hablar con imperio, desapacibles lamentos al humillarse, demandando la salud con ambición desesperada y loca: en la confesión, la lengua balbuciente, y como enredada en la espantosa madeja de los horribles crímenes que del pecho salen, los articula con trémula dificultad: los réprobos si en el infierno hablan deben de hablar así. — Crece en su interés el drama, apúrrese la situación, y se acrecienta también la perfección con que el actor imita.

Gran verdad, grandísima verdad hay en la escena en que Nemours viene a asesinarle. El autor ha comprendido que allí no era ocasión de mostrar miedo, sino terror, y el terror angustioso de un criminal abrumado por los remordimientos, y consumido por los males físicos. Los ojos desencajados y fijos, la voz ahogada, abandonado el cuerpo, los miembros incapaces de movimiento alguno; solo una mano sigue instintivamente los movimientos del puñal temido, mientras la otra busca desatentadamente sosten, favor, defensa, auxilio, todo. Ultimamente, cuando ya casi cadáver se hace llevar por sus dos pajes ¡qué buena actitud! las piernas se arrastran, no se mueven, con descuadernado y desigual esfuerzo, los pies se tuercen, el cuello no sostiene a la cabeza... el cuerpo entero se desmorona, se deshace, se disuelve... Y después ya arrojado en el lecho, se ve la muerte ir apoderándose de la desordenada máquina... parece como si llegase a traslucirse la disolución de los humores... el estertor, perfectamente imitado, sobreviene... al fin el moribundo hace un débil esfuerzo... exhala el último suspiro... y cae la cabeza, pero cae maravillosamente. — Hasta el hedor parecía sentirse que un momento después arrojan tales muertos. Así espiran los enfermos, como Luis XI: así lo hemos observado nosotros por prurito de observar; así debe de haberlo observado el señor Valero por obligación de observar, que es deber de actores.

Al lado de tan acabado modelo ha habido muy loables intenciones en toda la compañía de coadyuvar al conjunto. Séanos permitido exceptuar al Delfín, cuya figura demasiado fina y delicada, imposibilita el desempeño de su papel, mayormente cuando la actriz que le ejecuta no ha querido desmujerarse lo más mínimo ni en peinado, ni en traje, ni en el andar, ni en los movimientos y actitudes. Nemours debería procurar dar más nobleza a sus modales: en la escena del puñal mejoró muchos grados la mímica y la expresión.

En el aparato y dirección de escena no nos permitió rebuscar defectos la atención con que observábamos al señor Valero. Si los había, han escapado a nuestra distracción ó a nuestra ignorancia.



Entre las diversas ceremonias religiosas que han tenido lugar en Madrid en los días de semana Santa, hemos tenido ocasión de presenciar la comida y lavatorio que la sociedad del Buen Pastor, dió a los presos de las cárceles en la de Corte el día de jueves Santo.

LA ASOCIACION DE CARIDAD DE CÁRCELES DEL BUEN PASTOR, compuesta de las primeras personas de la Corte; se fundó en 1779, bajo los auspicios y protección de los Sres. reyes padres, don Carlos IV y su esposa, tiene por objeto atender al bien espiritual y temporal de los presos de las cárceles de Madrid. No tiene otros bienes para atender a sus filantrópicos fines, que algunas limosnas que la proporciona el jefe político, el comisario de Cruzada y otros particulares, y además el producto de las obras de esparto que hacen los presos a los cuales se les distribuye el sábado de cada semana, por mano del socio a quien corresponde, el jornal que han devengado.

Esta benéfica y útil sociedad, cuida del aseo y limpieza de la cárcel de Corte, costeando la oblata y cera para las misas de los días de precepto, da cama a los reos sentenciados al último suplicio, y ropa si la necesitan, visitándolos y animándolos con sus saludables exhortaciones mientras están en la capilla. Da dos abundantes comidas en los días de Pascua de Navidad y jueves Santo, y de la de este último día vamos a dar una ligera noticia como débil muestra de gratitud por los beneficios que esa asociación reporta a la sociedad asistiendo tan de cerca a los infelices criminales.

El Excmo. Ayuntamiento Constitucional de Madrid, dió a esta corporación 3,000 rs. con motivo del feliz regreso de S. M. la reina madre, para los fines de su instituto, y por eso la ceremonia se verificó con más aparato y más lujo que otros años. La comida general de los presos de ambas cárceles, consistió en un potaje de garbanzos y judías, una ración de bacalao guisado, una libreta y una naranja; entregando a las enfermerías las raciones para los enfermos.

A las doce se hizo la ceremonia del lavatorio en la capilla de la cárcel de Corte, para cuyo acto se habían dado papeletas de convite y hubo una escogida concurrencia. El Excmo. señor Arzobispo de Toledo, director perpetuo de la sociedad, estaba en el real palacio, ocupado en una ceremonia análoga y no pudo asistir al lavatorio, y en su defecto lavó los pies a doce pobres, elegidos de entre los más trabajadores y necesitados de la cárcel, el señor don Federico José Sánchez del consejo de S. M. y consiliario 1.º de la asociación. Los presos llevaban puesto el vestido de paño verde, la camisa y los zapatos nuevos que les había regalado la sociedad, y recibieron en el acto del lavatorio cuatro reales en treinta monedas de cobre, en una bolsa de raso color de lila con cordones blancos. Después pasaron los presos al local preparado de antemano, para servirles la comida, que estaba colgado de tapices y bajo un dosel de terciopelo, el cuadro del Divino Pastor. Esta comida consistió en dos potajes de garbanzos y judías, bacalao con patatas, pescado fresco, un plato de arroz con leche, naranjas, pasteles, vino común y vino de Jerez, con unos macitos de cigarros que, así como el pescado fresco, creemos fuese regalo del secretario de la asociación el señor don Joaquín Marraci y Soto, a quien felicitamos con esta ocasión, porque tanto en los pormenores del lavatorio, como en todo lo demás de la ceremonia, dió una prueba de su reconocido celo, y de su interés por aliviar la suerte de los infelices que aguardan el fallo de las leyes en el interior de los calabozos.

DIRECTOR, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECANICAS

DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR PROPIETARIO.

Calle de Carretas, núm. 8.